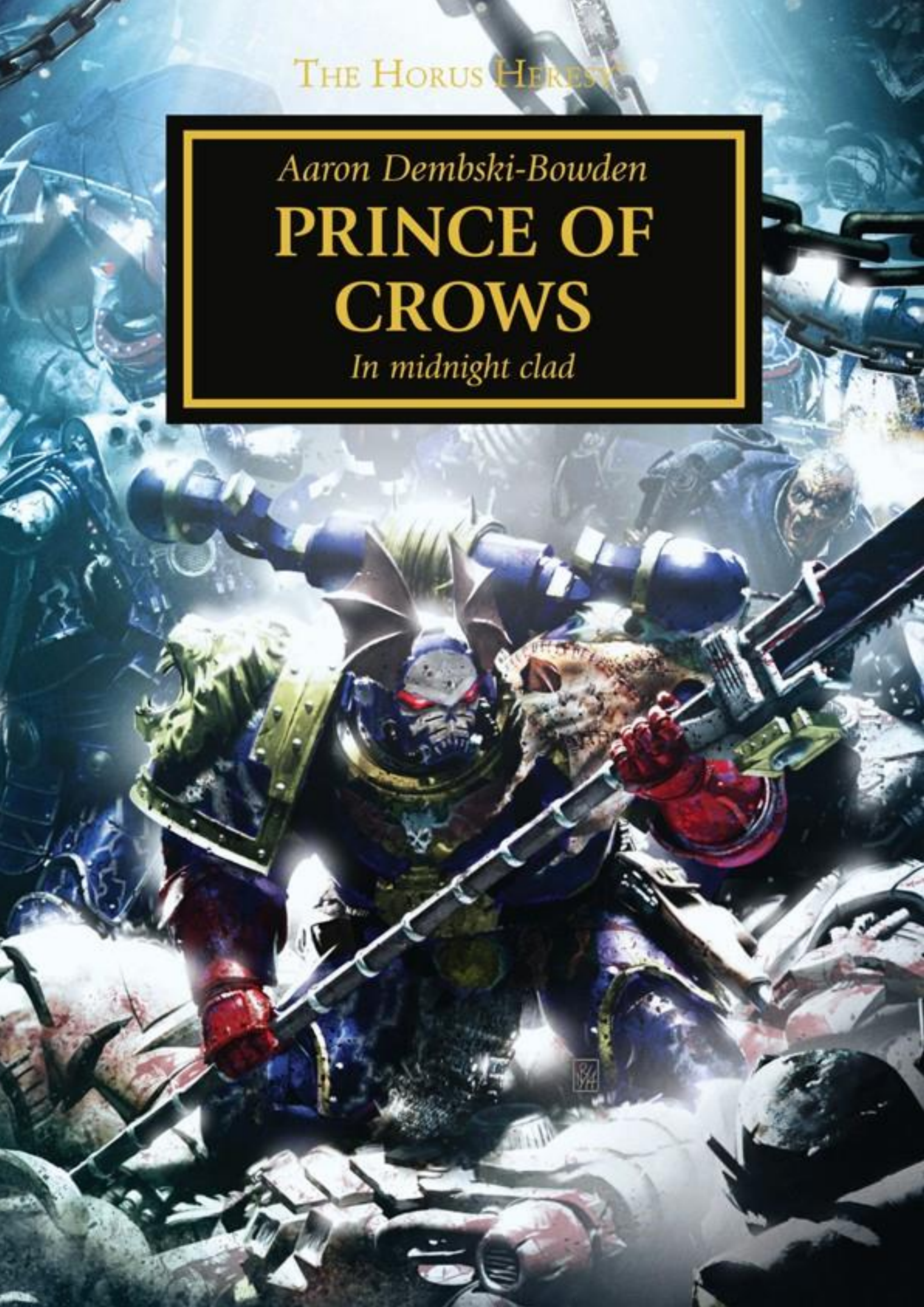

THE HORUS HERESY
Aaron Dembski-Bowden
PRINCE OF
CROWS
In midnight clad



LA HEREJÍA DE HORUS

PRÍNCIPE DE LOS CUERVOS

AARON DEMBSKI-BOWDEN



Benuyas



Y



DRAMATIS PERSONAE

Primarcas

KONRAD CURZE	Primarca de los Amos de la Noche
LION EL'JONSON	Primarca de los Ángeles Oscuros
ROGAL DORN	Primarca de los Puños Imperiales
LORGAR AURELIANO	Primarca de los Portadores de la Palabra
FERRUS MANUS	Primarca de las Manos de Hierro
FULGRIM	Primarca de los Hijos del Emperador

La Legión de los Amos de la Noche

JAGO SEVATARION	Capitán de la 1ª compañía, de los Atramentar de los Amos de la Noche y miembro del *Kyroptera*
MALITHOS KULN	Capitán de la 9ª compañía de los Amos de la Noche y miembro del *Kyroptera*
VAR JAHAN	Capitán de la 27ª compañía de los Amos de la Noche y miembro del *Kyroptera*
CEL HEREC	Capitán de la 43ª compañía de los Amos de la Noche y miembro del *Kyroptera*
TAL VANEK	Apotecario de la Primera Garra de la 10ª compañía de los Amos de la Noche
ORRIN VALZEN	Apotecario Jefe de los Amos de la Noche
NARAKA	Capitán de la 13ª compañía de los Amos de la Noche, *"el Sin Sangre"*
OPHION	Capitán de la 39ª compañía de los Amos de la Noche
KRUKESH	Capitán de la 103ª compañía de los Amos de la Noche, "*el Pálido"*
TOVAC TOR	Capitán de la 114ª compañía de los Amos de la Noche, "*el Manco"*
ALASTOR RUSHAL	Capitán de los Amos de la Noche, antiguo Guardia del Cuervo

Personajes Imperiales de los Amos de la Noche

EKRA TREZ	Archivero del *Anochecer, "el Comepecados"*
YUL	Almirante de la Flota de los Amos de la Noche
TAYE KARENNA	Jefe de ala del escuadrón *Velado Uno*
KUL KYVEN	Navegante del escuadrón *Velado Uno*
VENSENT AURLIN	Artillero del escuadrón *Velado Uno*

Personaje Imperial de Nostramo Quintus

BALTHIUS	Noble de Nostramo Quintus

PRÓLOGO

—*Cae.*

El Lord Caballero de Caliban permanecía de pie bajo la tormenta, una diadema de plata coronando su frente, su pelo ceniciento empapado contra su pálido rostro. La armadura del caballero era un juego de placas de ceramita negra, grabada con leones entallados y forjada de oro rojo marciano. La sangre manchaba la espada que sostenía en sus manos, escurriéndose lejos del acero, enjuagada por el aguacero.

La otra figura era como una imagen devuelta por un espejo rajado. Donde la piel del Lord Caballero era pálida, la carne del otro guerrero era blanca y consumida, y su armadura un reflejo de la medianoche de la tormenta que les cubría, entrecruzada con marcas irregulares de rayos.

La batalla atronaba alrededor de ellos, por encima de ellos e incluso por debajo de ellos, ya que comenzaron su pelea sobre los cuerpos amontonados de sus hijos, heridos y muertos por igual. El Lord Caballero de Caliban había esperado meses para este momento. Ahora había llegado, bajo el rugiente viento y la lluvia torrencial, y enfatizado por los chasquidos entrecortados de miles y miles de bólters.

El caballero dio un paso atrás con su deber cumplido, las últimas manchas de sangre mezcladas con el agua de lluvia resbalaban de su espada. Su hermano se tambaleó con las manos arañadas agarrando su cuello. Un líquido oscuro brotaba entre sus dedos prensiles. Estaba tratando de mantener la garganta cerrada pero no lo conseguía.

—*Cae* —dijo el Lord Caballero a su hermano. Su voz estaba rota, cansada, sin aliento—. *Cae.*

Los ojos negros del otro guerrero estaban muy abiertos, temblando al desbordarse su vida a través de sus manos. Hablaba sin sonido, moviendo los labios inútilmente, y finalmente cayó sobre una rodilla. Las heridas en su estómago y pecho sangraban

tan ferozmente como la garganta cortada. Su cuerpo, sistemáticamente destrozado y desgarrado por la majestuosa hoja, parecía permanecer unido solamente por un odio desesperado.

El Lord Caballero no era un alma dada a sonreír, ni era lo suficientemente mezquino para burlarse de un enemigo caído. Levantó su espada en señal de saludo, con la guarnición apoyada en la frente coronada en honor a un enemigo muerto.

—Te lo advertí —le dijo el León a su hermano moribundo—, yo sería tu fin, Curze.

PRIMERA PARTE PRIMERA PARTE

PRIMERA PARTE

EL KYROPTERA

EL KYROPTERA EL KYROPTERA

I

Fraternidad en la sombra

Los hermanos siempre se reunían en la oscuridad. Su inclinación por encontrarse en una habitación sin luz no era por una actitud teatral simbólica, ni por la necesidad de mantener el secreto. Algunas tradiciones simplemente existían sin cambios desde su génesis, nacida de la costumbre más que del artificio. Una vez, la oscuridad le había importado. Ahora, simplemente estaba.

Las rojas lentes oculares penetraban a través de la oscuridad, acompañado de los persistentes ronroneos de las articulaciones de los servos y los cables de potencia activados. La armadura Mark IV no era un ingenio silencioso, de ningún modo. Y aún sonaba más fuerte cuando estaba dañada.

Los tres hermanos permanecían en silencio. El fracaso envolvía sus hombros, aferrado más íntimamente que las sombras en las que se encontraban. Su vergüenza

era lo suficientemente reciente para que ninguno de ellos hubiera reparado aún los daños de sus armaduras. Chispas esporádicas de las articulaciones quebradas lanzaban destellos de luz a través de la habitación, mientras que el aire lentamente cambiaba con el olor de la batalla que emanaba de sus trajes de ceramita rotos. El hedor químico de la fycelina chocaba con el olor crudo del prometio, y por detrás de todos éstos, estaba el efluvio gris del humo de las armas, anodinamente parecido al carbón vegetal.

—Tres de nosotros —dijo uno de los hermanos—. Tres de nosotros sobrevivimos.

—Puede que haya más —dijo otro.

El primero se burló de la idea. —No habrá más. ¿Has estado ciego durante las últimos nueve horas? ¿No has visto lo que ha pasado? ¿Cuántas naves perdimos?

El tercer hermano se inclinó al borde de la mesa central, su casco crestado basculando mientras contemplaba alternativamente a su parentela.

—No podemos lo saber. No hasta que la flota se congregue de nuevo. Vi al *Praxis Mundi* hacerse pedazos y cargarse a siete de sus escoltas. El *Dama Sapienta* sucumbió momentos antes. El *Terror Aeternum*. El *Rey sin Trono*. El *Ofuscado*. Estos son sólo cuatro de los cruceros que vi morir. No puedo decir cuántas fragatas y destructores. Demasiados para nombrarlos.

—¿Qué hay del *Anochecer*?

El tercer hermano sacudió la cabeza. —Ardiendo por dentro y quebrado por fuera. La nave insignia no puede haber escapado. Los Ángeles Oscuros saltaron sobre su cuello con tanta saña como el León cuando fue a por Lord Curze —hizo una pausa un momento tomando aire lentamente—. El *Anochecer* debería haber sido la primera nave en escapar. No puedo comprender por qué se quedó. ¿Qué provecho había en el intercambio de fuego con la flota de los Ángeles Oscuros?

—Oí los informes a través del vox —dijo el primer hermano—. Sevatar ordenó a la nave insignia que permaneciera en el sistema, mientras él rescataba de la superficie a las compañías cuyas naves ya habían huido.

El tercero resopló. —Qué noble. Así que se suicidó y perdió la nave insignia. Recuerda mis palabras, ya no se ensalzará más el nombre de Sevatar entre nuestras

filas. ¿Cómo hicieron los Ángeles para organizar esto? La emboscada… la coordinación estaba más allá de lo que yo haya visto.

—¿Y qué importa eso? —respondió el primero—. A menos que contraataquemos con una fuerza abrumadora, habremos perdido la Cruzada de Thramas.

—La Legión debe reagruparse aprovechando el repliegue —asintió el segundo—. Podemos reanudar las hostilidades una vez que estemos operativos y la logística esté codificada.

—Sí —dijo el primero—. Eso es hablar con sabiduría. Podrían ser semanas, podrían ser meses, pero estamos lejos de haber terminado.

El tercer hermano activó una pantalla táctica, pero la parpadeante imagen hololítica tartamudeó y murió antes de mostrar algo de valor. La nave había tenido graves daños durante su vuelo y muchos de sus sistemas todavía estaban tratando de volver a alinearse.

—Nos enfrentamos a dos problemas, ambos delicados y desagradables. En primer lugar, hay que difundir la noticia de la derrota a todas las fuerzas de la Legión en el resto del sector a través de nuestros coros astropáticos, para que nuestros hermanos no se metan de cabeza en la emboscada de la que nosotros acabamos de escapar. Esto requerirá de una gran cantidad de buena suerte para conseguirlo.

—¿Y el otro problema?

El tercer hermano vaciló antes de responder. —Debemos hacer lo que sólo una Legión ha tenido que hacer alguna vez. Debemos elegir quién capitanea las fuerzas restantes, con nuestro Primarca caído.

—Caído no significa muerto, hermano. ¿Has recibido noticias del Apotecarion?

—Las he recibido y no auguran nada bueno. ¿Quién de la Legión ha tratado alguna vez a un Primarca herido con anterioridad? Estamos trabajando a ciegas. Las heridas se han cerrado, pero no limpiamente. La pérdida de sangre es grave. El daño craneal y la falta de oxígeno pueden aún acarrear ambas la muerte o la parálisis. Las hemorragias están descontroladas. Órganos, que ni siquiera soy capaz de nombrar, están dañados y separados de redes venosas que nunca habíamos visto antes. Si fuera humano, incluso si fuera uno de nosotros, una sola de sus heridas sería suficiente para verle muerto. Y él tiene once tan letales.

La proclamación quedó en el aire. Ninguno de los hermanos quiso añadirle nada.

—Vi lo que sucedió —admitió el segundo—. Incluso su rescate nos costó demasiadas vidas. Sacrifiqué más de una compañía para forzar a retroceder al Señor de la Primera Legión. Lamento haber dado esa orden, os lo aseguro.

Los demás asintieron. —La verdad es fría, pero debemos enfrentarnos a ella: nosotros tres lideramos la Legión ahora.

Ellos saborearon esa verdad durante un momento de silencio, interrumpido por la transmisión de una comunicación desde la cubierta de mando abierta con una tormenta de chasquidos.

—Mis señores —dijo el capitán humano—. Otras cuatro naves han llegado al borde del sistema.

—¿Cuáles son sus nombres? —preguntó el primer hermano.

—El cifrado del auspex las registra como el *Quintus*, la *Hija del Crepúsculo*, el *Pacto de Sangre* y… y el *Anochecer*.

La escotilla la sala de operaciones se abrió con un rastro de chirridos, dejando entrar la luz roja de emergencia del pasillo del otro lado. La figura de la puerta llevaba un casco en concordancia con el de sus tres parientes, con su cresta de alas de gárgola en los laterales y una calavera en la placa frontal. Las lentes oculares de turmalina miraban fijamente a los tres señores de la guerra reunidos en la oscuridad.

Venía solo, pero venía armado. Una lanza descansaba sobre su hombrera, terminada en una hoja con una cadena con varias hileras de afilados dientes astillados.

—Espero que me perdonéis por llegar tarde, pero es que hubo una emboscada. Ya habréis tenido noticias de ello. No todos podemos simplemente encender los motores y escapar por la más profunda oscuridad.

Entró en la habitación situándose junto a la mesa central.

—Es bueno verte, Sevatar.

—Estoy seguro de que lo es —Sevatar desvió la mirada hacia la imagen hololítica que iba a la deriva en el aire por encima de la mesa, y que en ese momento mostraba varias naves de la VIII Legión diseminadas en el vacío profundo—. Así que esto es una derrota. Ahora sabemos cómo se sintieron la Guardia del Cuervo y los Salamandras.

—Hemos reunido aquí cerca de la vigésima parte de la fuerza de la flota. Debemos reorganizarnos lo mejor que podamos en las semanas siguientes y afrontar la realidad. Estamos heridos, pero no muertos. La Cruzada de Thramas no puede terminar aquí.

Sevatar no dijo nada al principio. Después de unos instantes, durante los cuales se dio cuenta de que no estaban haciendo alguna broma tonta, los miró uno por uno.

—Los tres hicisteis bien en evacuar al Primarca. ¿Habéis tenido algún contacto con el resto del Kyroptera?

—Sólo para confirmar la muerte de Jexad, Shoma e Ithillion —respondió el segundo hermano—. Somos todo lo que queda del Kyroptera ahora.

—Así que tres de los siete están muertos —reflexionó Sevatar en voz alta—, y el Primarca está herido.

—El Primarca se está muriendo —corrigió el segundo hermano—. Nosotros lideramos la Legión ahora.

—Ya veremos. De cualquier manera el futuro es sombrío —Sevatar dejo caer su alabarda sobre la mesa, ignorando el sonido resonante del metal contra el metal—. Esto no servirá de nada. De los siete, vosotros tres sois los que menos me gustáis.

—Por favor, sé serio hermano.

Sevatar tenía una particular manera de sonreír. La diversión iluminaba sus ojos negros en primer lugar, antes de estirar las comisuras de sus labios con suaves tirones. Era la sonrisa de un cadáver con ganchos estirando de sus mejillas, o un alma que no entendía realmente el humor de la misma manera a como los que le rodeaban, por lo tanto tenía que fingirlo lo mejor que le permitía su limitada capacidad.

Sevatar sonrió. —¿Debo suponer que las valientes criaturas han ideado un plan?

—Así es —respondió el primer hermano—. Una vez que reconstruyamos la fuerza de la flota, devolveremos el golpe. La pregunta es dónde.

Sevatar ladeó la cabeza. —¿Ese es vuestro plan?

—Lo es.

El primer capitán se aclaró la garganta. Este momento requería de un grado de sutileza. —Ya —dijo—, estáis tratando de llevarnos por un camino que no deberíamos recorrer. Habláis de represalias, de contraatacar a un enemigo que ha demostrado que puede ganarnos la partida.

Los otros vacilaron. —Por supuesto. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

—Mejor podríamos librar una guerra en la que realmente tengamos una oportunidad de ganar —respondió Sevatar.

—¿Escapar? —preguntó otro—. Tenemos el deber de mantener a la primera legión ocupada aquí.

Sevatar arqueó una ceja, aunque la expresión se mantuvo oculta detrás de su placa frontal. —¿A costa de la Legión? Deseáis joder nuestras vidas para saciar vuestra sed de sangre frustrada por haber sido apaleados. No hay nada noble en eso hermanos. No dejaré que llevéis a la Legión a la tumba porque no podáis admitir que hayamos perdido.

—El Primarca desearía que lucháramos esta batalla hasta el final.

—Lo desearía de veras, pero habéis dicho que el Primarca se está muriendo. Si es así, sus deseos no significan nada en absoluto.

—Los Ángeles Oscuros son parejos a nosotros, pero no superiores —destacó uno de los hermanos—. Podemos ganar la Cruzada con un contraataque preciso.

—Lo que dices, Malithos, —Sevatar respondió con la misma leve sonrisa desagradable— a mí me suena como si tuvieras que perjudicarnos a todos nosotros, en un intento de aliviar el ego herido de la Legión.

Malithos, capitán de la novena compañía, gruñó a través de la rejilla del vox del casco crestado. —Si Lord Curze muere, su reinado, así como el de su adorado favorito, terminan esta noche.

Sevatar seguía sonriendo. Podían notarlo en su voz. —No me amenaces, noveno capitán. No terminaría bien para ti.

—Haya paz hermanos —dijo el segundo de ellos—. Sevatar, tienes razón, hay que tener cuidado con el orgullo herido que nos obliga a actuar de manera estúpida. Y Malithos, tienes razón, hay que devolver el golpe, tanto por el deber como por el placer. Pero no debemos estar en desacuerdo. La ocasión es demasiado grave.

—Agradezco tus esfuerzos conciliatorios, Var Jahan —la voz de Sevatar sonaba tranquila, carente del habitual toque provocador—. Pero las fuerzas del León han roto la espalda de la Legión de un solo golpe. Toda la flota está dispersada. Hemos perdido decenas de naves, tanto nuestras como las de los humanos que nos siguen. Lo último que vi de la nave insignia de la Legio Ulricon fueron sus restos, esparcidos en el vacío después del beso de las armas de los Ángeles Oscuros. ¿Cuántos titanes hemos perdidos sólo en esa nave? ¿Cuántas decenas de miles de tripulación entrenada?

—Nos reagruparemos —dijo Malithos—. Es nuestro deber. La guerra no ha terminado porque tú te hayas convertido en un cobarde.

—Cobarde —respondió Sevatar—. Una palabra extraña para usar describiendo al que se quedó para ayudar a evacuar a las naves más lentas.

—Pero el deber exige que luchemos —dijo Var Jahan, capitán de la 27ª—. La muerte no es nada comparado con la venganza.

Sevatar sonrió ante eso. —Tantas palabras bonitas. Me pregunto si dentro de una eternidad se harán eco de ellas como sabiduría o necedad. Cualquiera que sea el destino, decide, no me vas a tener a tu lado. Algunos de mis capitanes ya hablan de navegar hacia Terra, o de unirse a la flota del Señor de la Guerra. Otros desean separarse y aventurarse en otros lugares, acosando las líneas de suministro imperiales. Me inclino a concederles sus peticiones en lugar de enviarlos a morir contigo.

—El Kyroptera votará —dijo Malithos.

Sevatar dio un resoplido burlón. —Votación. Qué democrático. ¿Desde cuándo hemos necesitado votar sobre algo?

—Desde que regresaste a nosotros, —dijo el último hermano, Cel Herec, capitán de la 43ª— y el Kyroptera dejó de hablar con una sola voz. La unión hace la fuerza, Sevatar. Divididos caemos.

—Muchas palabras bonitas esta noche, sin embargo todas ellas pierden el objetivo. La Legión está mejor adaptada a las sombras, hasta que estemos listos para atacar en vigor. Entonces mataremos y luego saborearemos su sangre. Los Ángeles nos acaban de enseñar una severa lección en la necedad de reunirnos en un solo lugar, tratando de entablar una lucha justa.

Sevatar se apoyó en una columna de sustentación, cruzando los brazos sobre su pectoral mientras continuaba. —Voy a ser muy claro, dado que todos vosotros sois tan reacios a entender. No voy a dejar que hagáis partícipe de nuevo a la Legión en esta guerra, después de una derrota tan apabullante. Y eso es todo. Cogeré a los Atramentar, junto a las otras compañías que opten por estar conmigo, y nos reuniremos con la flota del Señor de la Guerra. No hay nada más que podamos hacer aquí, y yo digo que el retraso con los Ángeles Oscuros de casi tres años es más que suficiente. He terminado con la Cruzada de Thramas. Llevaré mis compañías a Terra. Tengo la intención de ver la guerra real antes del amanecer del día final. El resto de la Legión vendría conmigo. Puedo perder la paciencia si intentáis seguir prolongando esta guerra sin sentido.

Malithos miró a su hermano con franca incredulidad por un momento. —¿Estás loco, Sevatar?

—No lo creo. Me encuentro bien.

—¿Cómo nos impedirías quedarnos? —preguntó Var Jahan.

—Te mataría, por supuesto. Pero esperemos no llegar a eso. Los ánimos están muy caldeados y mi lanza es todo lo que necesitaría para ello —hizo un gesto hacia donde descansaba sobre la mesa.

—Hermano, si has terminado de hacer el tonto, ¿podemos centrarnos en los asuntos pendientes?

—Centraros en ellos todo lo que queráis. Voy a ver al Primarca con mis propios ojos, en lugar de confiar en vuestro parloteo acerca de su desaparición —Sevatar se apartó de la columna en dirección a la escotilla cerrada.

—Tu lanza, Sevatar.

—Volveré a por ella muy pronto. Disfrutad de vuestra discusión, hermanos.

Salió de la sala, su silueta llenando la entrada por un momento antes de doblar la esquina. La puerta retumbó al cerrarse.

Malithos negó con la cabeza. —Estoy cansado de él —le dijo a los otros.

—Muchos de nosotros lo estamos —respondió Cel Herec—. Cuando reconstruyamos el Kyroptera, estaríamos mejor servidos si Sevatar se viera incapaz de reincorporarse.

Malithos rió sarcásticamente, como sólo él podía hacer. —¿Por qué no un pequeño cambio en la frase? Sólo dice la verdad. Lo voy a matar yo mismo, cuando llegue el momento.

Var Jahan apenas escuchaba sus palabras. Su atención se centraba en la lanza de Sevatar que descansaba sobre la mesa. La hoja era una cuchilla enorme; la empuñadura, una compacta extensión de hierro negro y ceramita estriada; la parte inferior se unía, por un pincho formidable, por encima de un generador de energía cristalino. Todos los guerreros de las dieciocho legiones conocían esa hoja. Lo que muchos menos sabían era la naturaleza del generador secundario de la empuñadura. Después de haber luchado muchas veces al lado de Sevatar, Var Jahan conocía su propósito muy bien.

A fin de cuentas, Var Jahan no confiaba en ninguno de sus hermanos, y menos aún en aquellos del Kyroptera. Cuando empezó a sentir picor en la boca con el inicio del desplazamiento de la presión del aire, fue el único de los tres capitanes que no se sorprendió.

También fue el único que corrió hacia la puerta.

Los asesinos aparecieron entre una tormenta de ruido blanco y niebla etérea. Mientras, los capitanes retrocedieron levantando inútilmente las manos para protegerse de la luz cegadora, los tres sabían exactamente lo que el trueno anunciaba. Malithos y Cel Herec intentaron coger sus armas, y por eso murieron. Var Jahan no dejó de correr en ningún momento.

Los Atramentar se manifestaron a lo largo de la sala, envueltos en el humo grasiento resultante de la llamarada de teletransportación, con sus bólters ya levantados.

—Hemos venido a por vosotros —gruñó el primero de los exterminadores antes de que sus armas se abrieran en una cascada uniforme.

Var Jahan oyó morir a su hermanos, escuchó sus gritos y balbuceos a través del vox sobre el golpeteo de sus botas y de sus dos corazones. Varios disparos le alcanzaron arriba en la espalda y en la parte inferior de la pierna izquierda, haciendo que tropezara y que cayera sobre la cubierta que estaba siendo pulverizada por proyectiles detonadores. Rodó por el suelo sin parar y se lanzó a través de la escotilla automatizada.

En el pasillo siguiente, el vigesimoséptimo capitán Var Jahan yacía jadeante sobre la cubierta. Miró a Sevatar. El primer capitán estaba de espaldas a la pared, con los brazos cruzados sobre su coraza, mirando hacia abajo con una despreocupada curiosidad.

—Hola capitán —dijo Sevatar.

Var Jahan se estaba levantando cuando las puertas se abrieron de nuevo, liberando el humo de las armas en el pasillo. Un escuadrón de exterminadores Atramentar aparecieron con sus descomunales armaduras de combate y apuntando con sus inmensos bólters a la presa que había huido de ellos.

—Retiraros —dijo Sevatar, y ofreció una mano para ayudar a su hermano a levantarse—. Éste ha sido lo suficientemente inteligente como para advertir mis intenciones. Tiene la oportunidad de vivir.

Var Jahan estuvo a punto de escupir. —Muy generoso de tu parte.

Sevatar se rió antes de responder. —Yo también lo creo.

—¿Por qué los has matado? —Var Jahan se movió para no dar la espalda a los Atramentar—. ¿Por qué nos quiere muertos? Fratricidio, hermano… ¿Era realmente necesario todo esto?

—Había llegado un momento en que tres estúpidos decidieron que lo mejor era cargarse a la Legión simplemente para borrar alguna mancha imaginaria en nuestro honor imaginario.

—Pero la preparación…

—Tenía la sensación de que el Kyroptera necesitaría una reorganización. Estaba en lo cierto.

—Los mataste porque no estaban de acuerdo contigo. Sevatar, estás loco.

El primer capitán se encogió de hombros ligeramente. —Eso es lo que a menudo me digo. Lo que importa es que la Legión necesita al Kyroptera ahora más que nunca, y no vamos a mandar a nuestros hermanos de vuelta sobre las hojas de los Ángeles Oscuros.

—Pero el Señor de la Guerra…

La mano de Sevatar estaba en su garganta antes de que pudiera terminar la frase. El primer capitán lo levantó, golpeándolo contra la pared.

—¿Te parece que me importa lo que el Señor de la Guerra quiera de mí? —la placa frontal cadavérica de Sevatar le miraba fijamente con sus lentes oculares rojas—. A nosotros nunca nos ha importado lo que el Emperador quería de nosotros. ¿Por qué deberíamos malgastar nuestras vidas aquí en este extremo de la galaxia, bailando al son del Señor de la Guerra? —soltó a Var Jahan y empezó a andar hacia la sala—. Él nos ha atado con correa durante tres años. Se ha acabado el obedecer. Al abismo con Horus y con sus caprichos arrogantes. Él no es mejor que el Emperador.

Var Jahan siguió a su hermano. Tuvo que pasar por encima del cadáver humeante de Cel Herec, echándole apenas un vistazo. Malithos había muerto con similar poca dignidad; el cuerpo del noveno capitán estaba medio tumbado a lo largo de la mesa central, con la sangre acumulándose sobre la superficie como un lago expandiéndose.

—¿La verdadera independencia, entonces? ¿Nuestros aliados en las otras legiones son simplemente alianzas de conveniencia?

—Mejor eso que vivir encadenado a un enfermo y agonizante Imperio —la voz de Sevatar era más suave ahora, más distante—. Var Jahan, perdona mi ataque de ira —recuperó su lanza y la apoyó sobre su hombrera—. Voy a ver a nuestro padre.

Cuando los pasos de las botas se desvanecieron, Var Jahan miró a las formas imponentes de los exterminadores de los Amos de la Noche. No ofrecían ningún indicio de sus emociones o pensamientos, mirando impasibles a través de las lentes oculares escarlata de sus brutales cascos de guerra.

—Os conozco a todos —les dijo Var Jahan—. Vuestros nombres y vuestra reputación, aunque no haya servido con todos vosotros. Thorion, Malek, Jakresh… —enumeró sus nombres uno por uno, señalando con la cabeza a cada uno a su vez—. ¿Qué os ha ofrecido Sevatar para hacer tales guerreros leales? ¿Qué es lo que tiene sobre vosotros que hace que le sirváis incluso a través de la sangre derramada de nuestra Legión?

Thorion, comandante de los Atramentar, sacudió su cabeza mientras hilos de niebla de teletransportación comenzaron a formarse en torno a su oscura armadura.

—Él nos ofrece la verdad

Su partida fue tan repentina y ruidosa como su llegada, dejando a Var Jahan a solas con los cuerpos de sus hermanos.

II

La guarida

La última vez que Sevatar lloró había sido cuando era un niño, a punto de convertirse en un hombre. Después de aquella noche, hacía más de un siglo, aquel chico nunca se hizo hombre. En lugar de eso, se convirtió en un arma, creciendo sin la necesidad de la emoción ni el tiempo para las lágrimas.

Incluso ver a su padre genético en el Apotecarion no lo llenaba de tristeza. No estaba seguro de por qué. Y sin embargo, podía oír a experimentados guerreros, asesinos y torturadores todos ellos, rezando y llorando a través de las transmisiones

del grupo por la red del vox de la Legión. Los Lobos Lunares habían sonado igual cuando Horus fue herido. Sevatar no lo había entendido entonces y no lo entendía ahora. El sentimiento fácil de la emoción era sólo algo que sentían otras personas.

Curze yacía sobre la losa quirúrgica, atendido por los apotecarios ensangrentados de la Legión y por los brazos como de insecto de los servidores médicos semiautomáticos que colgaban del techo. El volumen de los cuerpos impedía una vista clara, pero Sevatar no era optimista. Había echado una ojeada a la garganta cortada del Primarca, con la carne cosida y unida de forma irregular, mientras que toda la sala apestaba a sangre derramada. Había algo puro y primitivo en el aroma, algo más allá del olor cobrizo de la vida humana. Sólo el Emperador sabía lo que los primarcas realmente eran. Sevatar no tenía ganas de perder el tiempo adivinándolo.

Pero si el Primarca moría…

El pensamiento terminó allí. No podía llevarlo más lejos. Intentarlo no era diferente de imaginar un color nunca antes creado, o recordar una canción nunca antes escuchada. Su mente se rebelaba por el gran esfuerzo.

¿Cómo funcionaría legión sin su mano guía? ¿Sin su señor, mentor y padre genético? Padre era una palabra demasiado utilizada para este tipo de conceptos. Padre implicaba mortalidad. Los padres morían.

Sevatar recordaba Isstvan demasiado bien. A pesar de que pasó gran parte de esa masacre miserable machacando las filas de los guerreros de la Guardia del Cuervo, él había estado espada con espada con los Manos de Hierro cuando Lord Manus, su Primarca, cayó. Había visto el eco psíquico pasar a través de ellos. Imperceptible en unos, arrasando en otros. Cada guerrero de negro de la X Legión había reaccionado de repente con una furia descontrolada. Toda duda apartada a un lado y la noción de una batalla defensiva olvidada.

Sevatar aún llevaba las cicatrices de aquella batalla. Las podía haber cerrado y curado por la cirugía augmética o por injertos de piel sintética, pero prefirió mantenerlas como estaban. Eran algunas de las pocas cosas que eran totalmente de su propiedad, en una existencia de esclavitud a los dioses de la guerra genéticamente creados.

Bajó la mirada a sus manos enguantadas, desarmadas y pintadas de color carmesí. Meses atrás, había dicho a los Ángeles Oscuros la verdad: que llevar las manos de rojo pecador era una costumbre entre las bandas de Nostramo, impuesta a aquellos que fallaban a sus familias. El destino de los traidores y de los locos, llevada a la VIII Legión mientras conquistaban las estrellas. Los Ultramarines habían adoptado esa tradición, al igual que lo hacían con otras muchas de las demás legiones. Pero para los guerreros de Ultramar su significado era menos grave, para ellos, un casco de rojo significaba simplemente censura. Para los hijos de Nostramo, las manos carmesíes eran una sentencia de muerte. La marca de los condenados.

Sevatar se había ganado las manos rojas en Isstvan V, por fallos demasiado graves para perdonar. Incluso el recuerdo le hizo sonreír con un gesto real de sinceridad, al ser tan pocas las cosas que había hecho. Él vivía la vida de prestado, cada noche era un regalo del Primarca hasta que Lord Curze eligiera la hora de su ejecución.

El sonido áspero y húmedo de una respiración dificultosa llamó su atención, aunque no necesitó levantar la mirada. Olió el aroma del hombre a la cera de las velas, al almizcle del pergamino delicado y antiguo, a sangre vieja empujada por un corazón lento a través de débiles venas. El recién llegado apestaba a viejo, y por tanto, a debilidad.

Sevatar se estremeció.

—Trez —saludó al archivero. El viejo asintió en respuesta, respirando con dificultad tras una máscara de aire—. ¿Cuándo te has dejado caer del *Anochecer*?

—Acabo de llegar, Jago. He venido a buscarte. Por favor, vuelve a la nave insignia conmigo. Tengo algo que enseñarte y tenemos algo que discutir.

Las puertas rodaron hasta abrirse, liberando el olor de una tumba abierta. Trez entró, todavía emitiendo pequeñas exhalaciones a través de su respirador. Sevatar le siguió, repiqueteando con sus botas sobre la cubierta y produciendo eco en las paredes arqueadas.

Trez ignoró los cuerpos colgando de cadenas. Sevatar no. Escasos eran los momentos que él entraba en el santuario interior de su Primarca, y pesar de todo lo que había visto y hecho en más de un siglo de servicio en la Gran Cruzada, la cámara privada de Curze siempre le ponía la piel de gallina. Aquí veía la locura en

la mente de su padre, extraída para infectar el mundo circundante. Las revelaciones de una mente escritas sobre cuerpos desollados y restos profanados.

Trez aspiró con una respiración entrecortada. Gotas de humedad se agrupaban en la máscara de oxígeno transparente que llevaba, rociando antes sus delgados labios.

—Él habla con ellos.

—¿Que habla con quién?

Trez señaló a los cuerpos. —Con ellos.

Sevatar se acercó a uno de los cadáveres colgantes, dando un suave empujón sobre el torso desnudo. El cuerpo se balanceó hacia atrás y hacia adelante en sus cadenas. Algo oscuro y húmedo goteaba de su boca abierta, salpicando en el suelo.

—Encantador —dijo el Amo de la Noche y se volvió hacia el archivero—. ¿Qué quieres de mí, hombrecito? Tengo una legión que reconstruir.

Trez llevó sus viejos huesos a una silla junto a un escritorio de madera, de un tamaño adecuado para un ser humano. Sin evidencia de impaciencia, empezó a hojear pergaminos, los papeles revoloteaban suavemente entre sus manos artríticas.

—Tú nunca has comprendido al hombre al que sirves —dijo sin levantar la vista de su trabajo—. Ninguno de sus guerreros lo ha hecho nunca. ¿Te parece eso un defecto irrisorio, Jago?

Jago, pensó el capitán. Y ya iban dos veces.

—Mi nombre es Sevatar

—Cierto —Trez se atusó el fino pelo blanco, separándolo de su rostro picado, mientras colocaba un trozo de pergamino sobre la mesa hasta que quedó en su sitio. Leyó las palabras del papel de color crema, entre resuellos del respirador. —Jago Sevatarion, nacido en la ciudad de Edge. Primer capitán de la Octava Legión, Comandante del Atramentar, oficial del Kyroptera; conocido también por los nombres de Sevatar el condenado y… —Trez resopló, sacudiendo la cabeza— …y por el título bastante divertido de Príncipe de los Cuervos.

Sevatar se quitó el casco con un siseo por el aire a presión soltado desde las juntas desbloqueadas del cuello. Aspiró el olor del matadero de la cámara con una expresión pensativa.

—No estoy seguro de que me guste tu tono. El último hombre que se burló de mí de esa manera pronto deseó no haberlo hecho, pequeño archivero.

—¿Ah, sí? —Trez miró hacia arriba con su rostro degradado lleno de sincera curiosidad—. ¿Y quién podría haber sido?

—No recuerdo su nombre

—Me dieron a entender que todos los guerreros de las Legiones Astartes fueron dotados con memoria eidética. O memoria hololítica si así lo prefieres.

—Así lo hicieron —admitió Sevatar—. Pero nunca le pregunté su nombre porque estaba bastante ocupado desollándole vivo en ese momento. Ahora dime lo que quieres de mí, Trez. Dudo que me hayas confundido con alguien conocido por la virtud de la paciencia.

La sonrisa del anciano reveló un romo arsenal de dientes oscurecidos por la edad. —Necesitarás tener paciencia si deseas liderar esta Legión.

Sevatar se rió, inhalando en sus pulmones el picante olor de la carne de los cadáveres refrigerados. —¿Incluso tú estás seguro de que Lord Curze morirá? ¿Incluso tú, su pequeño mono devoto, le has dado por muerto? ¿Qué es lo que harás una vez que ya no puedas seguir comiendo el barro de las botas de nuestro señor, Trez? Me dolería verte morir de hambre.

El archivero retomó sus pergaminos sin dejar de sonreír dentro de su respirador. —Yo conozco tu secreto, Jago.

—Yo no tengo secretos

Trez pasó las yemas de los dedos sobre las letras nostramanas, sus dedos siguiendo el flujo de las palabras entintadas. —Él me lo contó, Jago. Me lo cuenta todo.

Sevatar inclinó la cabeza con sus ojos negros imperturbables. —Yo no tengo secretos —dijo de nuevo.

—Entonces, ¿por qué evitas el dormir, primer capitán? ¿Por qué te obligas a permanecer despierto durante semanas? ¿Por qué, si no tienes secretos, te despiertas con la sangre gélida fluyendo a través de tu martilleante corazón en las raras noches que te rindes al sueño?

La sonrisa de Sevatar era tan fría y tan inerte como el ajado rictus que mostraba cada rostro de los cadáveres encadenados en la habitación. Él dijo una sola palabra, ni conscientemente cargada de amenaza, ni investida de emoción alguna. Sólo una palabra, apenas más que un susurro, liberada a través de la sonrisa de un hombre muerto.

—Cuidado.

Trez tuvo que apartar la mirada. En esta ocasión el temblor en sus manos no se debía únicamente a la artritis.

—Sevatar… —empezó a decir

—Ah, así que ahora soy Sevatar. Ahora, una vez que me has llevado hasta el punto de perder los estribos, te decides a mostrarme un ápice de respeto —el capitán se acercó con las articulaciones de la armadura zumbando. De cerca, el murmullo de la energía activa en la armadura provocaba a Trez un picor en las encías. Sevatar se agachó a la altura del anciano sentado, con sus ojos negros formando dos hoyos en su pálido rostro mientras le miraba fijamente. —¿Qué te ha dicho, Trez? ¿Qué ha compartido mi padre con su pequeño devorador de sueños?

El anciano forzó las palabras a través de unos labios temblorosos. —La verdad.

La sonrisa del primer capitán retornó, la sonrisa de un mentiroso que nunca alcanzaba a sus ojos oscuros. —¿Crees que no te voy a matar, aquí mismo, en este momento?

—El Primarca…

—El Primarca está muriéndose a bordo de otra nave. Incluso si él entrara aquí en este mismo momento, ¿crees que me importaría? Me das asco, viejo —el Amo de la Noche ahuecó la mandíbula del anciano con los dedos de su guantelete; un solo toque, un apretón suave, y el cráneo del archivero se rompería entre las garras del guerrero—. El hedor de tu sangre lenta y de tu piel desgastada… El débil ritmo de un corazón viejo en tu pecho… Y ahora, el derrame de tales palabras peligrosas

desde estos labios descuidados —Sevatar soltó la cabeza del anciano—. Haces que sea fácil odiarte, Trez.

—Yo puedo ayudarte. Es por lo que quería hablar contigo. Te puedo ayudar.

Sevatar se puso en pie, cogiendo su casco mientras se alejaba. —Yo no necesito tu ayuda.

Trez se aclaró la garganta, su voz ronca por la indecisión. —Ya no funciona, ¿verdad? El entrenamiento. La meditación. No puedes mantener el dolor dentro del modo en que una vez podías.

Ni siquiera miró hacia atrás. —Tú no sabes nada, humano.

—Estás mintiendo, Jago.

Sevatar ocultaba su rostro blanco bajo el casco de calavera. Las alas de quiróptero se elevaron del casco formando una cresta salvaje fundida en hierro oscuro. Su voz era un gruñido alterado por el vox.

—Soy un hijo del mundo sin sol y llevo a la Octava Legión en mi corazón. Por supuesto que estoy mintiendo, Trez. Es lo que hacemos.

III

Planificación

El dolor llegó con un toque burlón, presionando contra la parte posterior de sus ojos en una marea palpitante. Justo cuando había superado el dolor sordo y se atrevía a esperar que desapareciera para siempre esta vez, volvió de nuevo con una desagradable insistencia.

Sevatar se limpió los ojos secos y cansados con el pulgar y el dedo índice. No necesitaba que la pantalla retiniana de su casco le indicara que no había dormido en dos semanas. Lo sentía a todas horas.

—¿Capitán? —preguntó una voz femenina.

Levantó la vista de la pantalla táctica hololítica, adaptando antes sus ojos, y vio a una mujer de pelo oscuro con un arrugado traje de vuelo, llevando su casco con visera bajo el brazo. Al mirarla, los sonidos del puente empezaron a llegar de nuevo, rompiendo lo que quedaba de su débil concentración. Hizo todo lo posible por ignorar los susurros, murmullos, charlas y chillidos de trescientas almas que cumplían con su deber.

—Hable, Jefe de Ala Karenna.

—Con todo respeto, señor… parece estar hecho una mierda.

—Eso no suena a hablarme con respecto. ¿Qué quieres, Taye?

—Tengo malas noticias, señor.

Sevatar no tuvo que fingir una sonrisa. Las malas noticias eran una de las pocas cosas que nunca dejaban de divertirle.

—Por supuesto que sí.

—La *Espada en la Oscuridad* acaba de entrar en el sistema. El comodoro Yul está a bordo, sano y salvo.

—Eso lo convierte en el nuevo Almirante de la Flota. Ofrécele mis sinceras felicitaciones por un rango que ha ganado sencillamente por ser el último oficial vivo de la marina. Pero, ¿cuál es la mala noticia?

—Él me ha informado a través del vox que el Jefe de Ala Verith murió en la emboscada. Los Cóndores del Vacío se han perdido completamente. ¿Quiere que asigne al *Espada* un escuadrón de combate de una de las otras naves?

Hizo un gesto con la mano al contestarla. —Pregunta al nuevo almirante, es una decisión suya. Mi única orden es que tú y los Velado Uno permanezcáis a bordo del *Anochecer*.

Karenna saludó según la tradición de la Octava Legión, con su mano abierta y los dedos tocando el pecho, sobre su corazón; un signo de sumisión, ofreciendo su propio corazón a un comandante. Otra costumbre de las pandillas que ha perdurado a través de los años. En Nostramo, su significado siempre había supuesto una oferta mucho más literal y visceral: al prometer algo tan

sinceramente, a la persona que lo hacía se le arrancaba el corazón del pecho si se demostraba que estaba mintiendo o que era un incompetente.

—Su confianza en mí y en mis hombres es muy gratificante, capitán.

Sevatar ya estaba mirando hacia atrás a la pantalla hololítica, observando la simulación de rutas viables en la disformidad para salir del sistema.

—Vete, Taye.

—Sí, señor.

Viéndola alejarse, Sevatar finalmente desatendió las proyecciones tácticas.

—Tú —se dirigió a un servidor cercano.

—Sí —fue su respuesta con una expresión ausente. Los ojos biónicos de la cosa no parecían concentrarse en nada en absoluto.

—Graba estas trayectorias de vuelo previstas. Difúndelas al resto de la flota.

—Como ordene —dijo el esclavo con una boca flácida. Sus dedos amputados terminaban en punta, cada uno de ellos una llave para ser conectado a los terminales imperiales estandarizados. El servidor deslizó sin pestañear cada dedo en el puerto de conexión con cinco pequeños clics espaciados.

Sevatar volvió al vacío trono de mando del Primarca. Antes de la emboscada, el Almirante de la Flota Torun Keshr había ocupado un lugar cercano, siempre manteniendo la calma. Sevatar nunca había visto al hombre inmutarse, ni siquiera cuando agonizaba bajo los escombros, cuando el puente se quemaba a su alrededor.

—Ayúdeme a incorporarme, por favor —había dicho el viejo oficial. Sevatar ni siquiera lo había intentado. El hombre había perdido las piernas. El primer capitán no podía ver a través del humo, aunque no hubiera supuesto diferencia alguna si hubiese podido ver.

Sevatar volvió de nuevo al presente.

—Convocar a los capitanes Ophion, Var Jahan, Krukesh, Tovac Tor, Naraka y Alastor Rushal al *Anochecer* —dijo, sin importarle qué oficial llevara a cabo la orden—. Estaré en la habitación del Primarca esperándoles.

Salió del estrategium sin decir nada más.

—Jago —el viejo lo saludó, cuando las puertas rodantes de la escotilla se abrieron.

Por un momento, cuando una rara expresión brotó por encima de su sonrisa falsa, Sevatar pareció realmente confundido. Un ojo se estrechó con incredulidad mientras miraba al anciano encorvado en el escritorio, rodeado de cuerpos en descomposición colgando del techo en ganchos de carnicero echados a perder por el óxido.

—¿Alguna vez abandonas estos alojamientos?

—En raras ocasiones —admitió Trez; la llegada de Sevatar le había distraído de su escritura—. ¿Ocurre algo malo?

—No más de lo habitual. Mis hermanos se reúnen aquí en breve, hombrecito. Estate en otro lugar.

Trez reprimió un temblor, respirando con dificultad a través de su máscara. —¿Dónde debo ir?

—Una pregunta interesante. La respuesta es que no me importa. Ves a cualquier sitio que no sea aquí.

—Pero Jago…

Sevatar se giró muy, muy lentamente. Incluso sin casco, las articulaciones en el cuello de su armadura ronroneaban desagradablemente mientras giraba la cabeza para mirar al archivero.

—Llámame así —dijo—, una vez más.

Trez miró al primer capitán de la Octava Legión, de pie en medio de un matadero de cadáveres colgando, con el rostro tan insaludablemente pálido que podría fácilmente estar él mismo colgado en un gancho. La alabarda sierra descansando en un hombro blindado era más alta que el guerrero que la llevaba.

—Sevatar —se corrigió Trez en voz baja.

—Mejor. ¿No deberías estar a bordo del *Excoriator*, velando los sueños del Primarca?

—Ahora no —respondió el anciano—. Él no está soñando como tú entenderás. No hay nada detrás de sus ojos cerrados, nada más que una oscuridad absoluta.

—Fascinante. Si eres es tan leal como para quedarte, por lo menos guarda silencio.

—Lo haré. Gracias, Sevatar.

Sevatar gruñó un asentimiento y se dirigió a través de los cuerpos colgados hacia la inmensa mesa redonda del Primarca en donde Trez trabajaba. Todo el borde de un lado estaba ocupado por pergaminos del archivero y por placas de datos. El resto de la losa circular estaba ocupada por un cadáver pudriéndose. Parecía como si hubiera sido diseccionado por un cirujano sin utilizar herramientas, nada más que sus propias manos. Trozos de carne ennegrecida estaban pegados a la superficie de la mesa, adheridos allí por la sangre seca y los fluidos corporales.

Sevatar sacudió la cabeza, estirando el brazo para empujar el cuerpo a un lado.

—No —dijo Trez—. No lo hagas, Sevatar.

—¿Por qué no? —la mano del guerrero se paró encima del torso mutilado.

—Lord Curze habla con ellos.

—Eso dijiste.

—No —Trez se aclaró la garganta, aunque su voz aún permanecía húmeda por las flemas—. Quiero decir que les habla tal y como están. Él sabe cuando han sido movidos y eso lo enfurece.

Sevatar agarró el cuerpo por su columna vertebral expuesta y tiró de ella hacia fuera de la mesa, quedando tendido sobre la cubierta tras un golpe sordo.

—Trataremos con la locura del Primarca cuando regrese a nosotros. Si regresa a nosotros —el capitán introdujo un código en una interfaz ahora visible, con los dedos pulsando botones con costras de sangre seca. Los generadores hololíticos parpadearon al encenderse, irradiando la última imagen que había mostrado la pantalla: el mundo muerto de Tsagualsa, rodeado por un denso campo de asteroides.

Sevatar hizo desaparecer la imagen y activó un augur local de vacío. La flota apareció, aunque la sangre en dos de los módulos del proyector dibujaba sobre la imagen hololítica franjas de color rojo.

—No siempre fue así.

Trez levantó de nuevo la vista de su trabajo. —¿Perdona?

Sevatar no se había dado cuenta de que había hablado en voz alta. —El Primarca. No siempre fue así. Él tuvo una visión de cómo mejorar para incorporar mundos conforme a nuestra obligación, y era una visión que seguimos de buena gana. Ahora mira en lo que se ha convertido. Sus habitaciones privadas son un reflejo de la locura en su interior. Su propia mente se le está comiendo vivo.

Trez no dijo nada.

—¿Ningún comentario, viejo? ¿Ni una réplica astuta, ni palabras de sabiduría? ¿No eres tú el más cercano a nuestro señor en toda la enorme y magnífica galaxia?

El archivero tragó, respirando lentamente por su respirador. —Él realiza el mismo camino que el resto de vosotros, Sevatar. Él simplemente está más cerca del final del mismo. Todos vosotros seréis como él, una noche.

—Yo no. Y no hablemos de él como si estuviera condenado. Todavía hay nobleza en él, y fuerza.

—Oh, eso lo sé —Trez hizo un gesto a los cuerpos—. No siempre es tan malo. Él tuvo unos… pocos meses difíciles, antes de la emboscada. Sus sueños eran sombríos, envenenado por la duda. Él sabe cuándo y cómo va a morir, Sevatar. Él siempre lo ha sabido. El conocimiento le duele más de lo que tú o yo jamás podríamos entender. La presión de ello, de lo inevitable, es una corriente en contra de su conciencia.

Sevatar sacudió la cabeza. —Una vez me dijo lo mismo. ¿Te dijo cuándo creía que le llegaría el momento?

—Sí, lo hizo.

Sevatar ocultó su sorpresa con bastante facilidad, aunque él no hubiera esperado que el Primarca compartiera jamás una cosa así. —¿Y es ahora ese momento?

—No.

—Entonces, ¿por qué hay todavía preocupación en tus ojos con cataratas, viejo? Si es cierto, ¿por qué ha sufrido en ese estado de coma durante dos semanas, al borde de la muerte? Si él está destinado a morir dentro de meses, años, siglos… ¿por qué nuestros apotecarios tuvieron que reanimarlo treinta y nueve veces? No puede respirar sin estar conectado a máquinas que mantienen su vida obligando a sus órganos a funcionar —Sevatar casi escupía mientras soltaba despectivamente las palabras finales—. Yo no creo en profecías ni en el destino. El Primarca es un visionario y un genio, pero ni siquiera él puede hacer el tonto.

Trez, sabiamente, no dijo nada. La puerta rodó de nuevo al abrirse justo unos segundos después. Un guerrero con un casco con cara de calavera permanecía en la abertura, el casco mostraba la misma ancha cresta alada que el de Sevatar. Su armadura estaba decorada con cadenas, cada una de ellas tenía atado un cráneo, algunos alienígenas pero la mayoría humanos.

—Sev —le saludó el recién llegado mientras entraba en la habitación.

—Tovac —respondió Sevatar. No se abrazaron, ni se agarraron las muñecas de la forma en que lo hacían los hermanos más allegados de otras legiones. Se observaron el uno al otro durante un largo rato, antes de que Tovac Tor se quitara el casco.

—Parece como si hubieras muerto y se te haya olvidado dejar de caminar —dijo Tovac.

—Eso me han dicho. ¿Cómo está tu nave?

—Sigue siendo una ruina, un pedazo de mierda. Es un milagro que todavía siga entera después de la paliza que los Ángeles nos dieron —Tovac miró a su alrededor estrechando sus ojos negros—. La 114ª ha tenido pocas razones para venir a bordo de la nave insignia en mucho tiempo, Sev. Veo que el Primarca ha hecho algunas reformas desde la última vez que estuve aquí.

—Es cierto. Hablaremos de ello cuando lleguen los demás.

Tovac asintió y lanzó una mirada a Trez. —Largo, roedor. Tus superiores están hablando.

—Déjalo —dijo Sevatar restando importancia al asunto—. Que se quede. Es inofensivo.

—Te estás volviendo blando, Sev.

Sevatar imitó una reverencia teatral. —No tengo ni idea de lo que quieres decir. Siempre he sido el alma misma de la bondad.

Tovac resopló y una sonrisa levantó un lado de sus labios. —Es bueno verte de nuevo, hermano.

Sevatar no estaba muy seguro de cómo responder; ese sentimiento siempre lo sorprendía cuando otros expresaban lo mismo, ni él entendía por qué lo decían tan a menudo. No dijo nada al respecto, simplemente llevó la atención del otro capitán a la visualización rúnica de la propagación de las naves en el espacio local.

—Tenemos un tercio de la flota reunida ahora. Esto es mejor de lo que esperaba.

—Es un buen comienzo.

Sevatar no estaba ciego ante la tensión en los ojos negros de Tovac. El otro capitán era terrano, pero la semilla genética le había cambiado como había cambiado a todos ellos.

—Habla —dijo Sevatar—. Preferiría que el nuevo Kyroptera no comenzara mintiéndonos los unos a los otros y guardando secretos. Era una manera particularmente ineficaz de conducir una Legión.

Tovac asintió. —Pensé que por qué me habías convocado. Eso es lo que quería preguntarte, hermano. Me alegro de ser elegido. Orgulloso, por supuesto. Pero ¿por qué elegirme?

—Por nepotismo. Quizás sólo quería elegir a los comandantes de entre los pocos amigos que tengo.

—Sev. Por favor.

—Sevatar seguía mirando la pantalla táctica, su luminiscencia coloreaba su cara con una luz azul moteada—. Porque confío en ti. Y eres un mentiroso horrible. Me gusta eso. La Pacificación de Arvaya también puede haber influido en mi decisión.

Tovac sonrió, una evidente malicia hacía asomar sus dientes. Nadie de la Octava Legión sonreía con algo parecido a la gracia.

—Déjame decirte que la 114ª disfrutó bastante esa noche. Los supervientes de Arvaya probablemente todavía sigan llorando sobre las fosas de los muertos.

La respuesta de Sevatar fue cortada por el chirrido de las puertas abriéndose de nuevo. El recién llegado entró con más cautela que Tovac, su cabeza cubierta con casco mirando entre los otros dos capitanes. Parecía no prestar atención a los cuerpos colgantes.

—Capitán Sevatar —dijo—. Capitán Tovac.

—Capitán Ophion.

Tomó su nombre como una bienvenida, entrando con las manos no muy lejos de sus armas enfundadas. Ophion tuvo cuidado de no tocar ninguno de los cadáveres, caminando alrededor de ellos en lugar de empujarlos a un lado como hizo Tovac.

—Confieso que no tengo ni idea de por qué he sido convocado a este consejo.

—Me temo que éste será un tema recurrente —respondió Sevatar—. Los otros estarán aquí pronto. Tenemos que planificar el futuro de la Legión.

IV

El Kyroptera

Var Jahan, capitán de la 27ª Compañía. Nacido de Terra, como muchos otros en la Legión lo eran. Un viejo guerrero famoso por su cautela, más un estratega que un asesino. Había servido en la Octava Legión desde los primeros días de la Gran Cruzada, cuando los Amos de la Noche salieron a las estrellas. A Sevatar le gustaba muchísimo, pero no tenía idea de por qué.

El siguiente era Naraka, capitán de la 13ª compañía. Naraka el *Sin Sangre* le llamaban sus hermanos, sin la sombra de una sonrisa. Se ganó el apodo durante la misión en Ochocientos Nueve Cinco, la quinta conquista de la Octingentésima

Novena Flota Expedicionaria. La 13ª compañía tomó un mundo entero sin derramar una sola gota de sangre, a través de medios que a pocos de los otros comandantes de la Legión se les había permitido conocer. Cuando se le preguntaba sobre el hecho, Naraka siempre se negaba a hacer comentarios. Su compañía hizo un juramento de secreto, inviolable e ininterrumpido en los muchos años transcurridos desde entonces.

Sevatar sabía lo que había pasado. Le gustaba esa historia.

Después de Naraka estaba Tovac Tor, capitán de la 114ª. Tovac el *Manco* entró en la Legión al mismo tiempo que Sevatar; como los niños que corrían juntos en la misma banda. Obtuvo su calificativo de un parto con malformaciones en el que nació con una sola mano. A pesar de la deformidad, había pasado las pruebas físicas para entrar en la Octava Legión, e inmediatamente se le dotó de un injerto augmético. Todavía no se comportaba con tanta fiabilidad como un miembro natural, los apotecarios habían dicho a Tovac que su brazo malformado carecía de una musculatura totalmente desarrollada, por lo que su mano augmética tendría siempre un toque errático.

Luego estaba Ophion. Como capitán de la 39ª compañía, había fracasado para distinguirse más allá del nivel básico del honor inherente a un siglo de servicio ininterrumpido y digno de confianza. Todos sus registros, no es que la VIII Legión fuera especialmente meticulosa en mantenerlos, hablaba de un oficial veterano de Nostramo con los mejores servicios en primera línea, liderando a sus hombres desde la vanguardia y con una responsabilidad moderada en campañas más amplias. Y sin embargo… Ophion había ordenado a su nave de guerra *Velo del Crepúsculo* permanecer en la estación, luchando contra los Ángeles Oscuros de vuelta de la emboscada, ayudando a Sevatar y al *Anochecer* mientras intentaba ganar tiempo para que las naves más débiles pudieran huir. Así que Ophion al parecer no era un pensador. Sevatar podía vivir con eso. En una Legión que consideraba la cobardía táctica una de las virtudes más sutiles y más divertidas, una raro indicio de valentía siempre valía la pena investigarlo.

Krukesh, capitán de la 103ª compañía, llevaba la Octava Legión en la sangre. Reclutado como un joven de Terra, obtuvo su capitanía por un duelo con asesinato, cogiendo la cabeza de su antiguo comandante. ¿Qué es lo que habrían pensado los Ultramarines o los Puños Imperiales si tales costumbres bárbaras dentro de los Amos de la Noche se hubieran conocido antes de la traición? Un salvajismo de esa

índole era una proyección natural de guerreros ambiciosos liberados de la restricción moral. Las guerras entre bandas de Nostramo Quintus tenían un centenar de variedades de duelos de honor y los rituales de sucesión se basaban en el asesinato del predecesor de uno. El *Pálido*, así era llamado Krukesh por sus hermanos. La semilla genética del Primarca blanqueaba la piel de todo aquel que soportaba la implantación, y ennegrecía el iris de sus ojos. Krukesh, sin embargo, era enjuto hasta el punto de la delgadez extrema, con una palidez que superaba cualquier parecido con una enfermedad, superando lo sobrenatural. Era un cadáver muerto de hambre en ceramita azul medianoche, sus ojos negros ardiendo dentro de sus hundidas cuencas. Sevatar sospechaba de algún tipo de bajo grado de degeneración en la semilla genética: poco frecuente, pero no del todo desconocida. De cualquier manera, Krukesh y Sevatar tenían una historia juntos. Deudas pendientes de épocas pasadas. Incluso recordarlas causaba comezón en la piel del primer capitán.

El último de todos era Alastor Rushal, nacido de Terra pero no con los genes de la VIII Legión. Todavía llevaba la armadura de su Legión, tintada en un negro frío y bordeada con blancos ribetes abollados. El noble emblema de su hombrera, un cuervo en blanco con las alas extendidas a lo ancho, había sido ritualmente quebrado por los golpes de un martillo blandido por la propia mano de Alastor. Todos los símbolos del rango habían desaparecido de su armadura, raspados después de la matanza de Isstvan. Al igual que los Amos de la Noche, su rostro era pálido y sus ojos oscuros. Pero a diferencia de los guerreros entre los que se encontraba, el casco que llevaba cogido en el hueco de su brazo carecía de la cresta con alas de murciélago lucida por el círculo íntimo de capitanes de la Octava Legión. En este aquelarre, se encontraba solo y sin distintivos.

Sevatar asintió a Alastor antes de dirigirse a todo el grupo a la vez.

—Vosotros vais a ayudarme a dirigir esta fracturada Legión. Ahora formáis parte del Kyroptera de los Amos de la Noche. ¿Alguna pregunta?

Algunos intercambiaron miradas. En la esquina, el respirador de Trez escondía su sonrisa. Tovac fue el primero en hablar.

—¿Ese es tu saludo? ¿Así es como nos das la bienvenida?

—Sí —Sevatar no parpadeó—. ¿Esperabas un discurso?

—No sé lo que esperaba.

—Entonces, ¿por qué pareces decepcionado?

—Yo…

Sevatar ladeó la cabeza. —¿Alguna verdadera pregunta?

—Yo tengo una —dijo Ophion, con su cara alterada por los últimos puntos de sutura y los injertos de piel—. ¿Por qué nosotros?

—Debido a que el resto del Kyroptera está muerto; Var Jahan y yo somos los únicos supervivientes.

—Obviamente. ¿Y cómo murieron? —preguntó Ophion.

—Los Ángeles Oscuros mataron a algunos de ellos. Yo maté al resto. O más bien, el Atramentar los mató porque yo se lo pedí.

Ophion resopló ni remotamente sorprendido. —Pero, ¿por qué nosotros?

Sevatar observó al otro capitán en silencio durante unos momentos. —Eres un hombre muy suspicaz, Ophion.

—Lo soy.

Sevatar no vio nada de malo en decir la verdad. —Todos vosotros sois, de distintas maneras, leales a mí, inteligentes, responsables, dignos de confianza y separados de la debilidad de la compasión humana. La Legión necesita liderazgo. Nos necesita.

—Entonces seré yo el primero en decirlo —Krukesh señaló con una mano enguantada a Alastor, su rostro de calavera encerrado en una mueca de desprecio—. ¿Por qué está el *Cuervo* aquí? Él no lidera ninguna compañía ni tiene el mando sobre ningún hombre. No puede pertenecer al Kyroptera.

—Él puede porque yo digo que puede. A menos que el Primarca se levante y revoque mi orden, el *Cuervo* permanecerá con nosotros. Ahora, a los asuntos.

Sevatar activó la pantalla hololítica de nuevo. —Lo que estamos viendo, hermanos, es más de un tercio de la flota de la Legión. Hemos contactado con los otros puntos de congregación en Ykresh, Taur y Sotha. La cifra de víctimas es terrible.

—No nos mantengas en vilo —gruño Var Jahan.

—Los Ángeles Oscuros destruyeron con su emboscada aproximadamente el veinticinco por ciento de la flota. Eliminaron a una cuarta parte de la Legión en tres horas.

Los integrantes del nuevo Kyroptera intercambiaron miradas. Ninguno de ellos quiso decir nada, dejando a Sevatar continuar. —Sólo han pasado dos semanas. Puede haber varias docenas de naves todavía en la disformidad o atrapadas lejos de los puntos de retorno. Pero las bajas confirmadas por sí solas son gravosas. Cada capitán vio a otras naves morir. Cotejando la lista hemos sabido que una quinta parte de la Legión murió en el vacío, o en la superficie de Sheol. Así que…

Sevatar se volvió hacia sus hermanos. —La pregunta ahora es, ¿qué hacemos?

—Venganza, —dijo Var Jahan—. Venganza contra los Ángeles.

—No hagas que te mate a ti también. La venganza contra la Primera Legión sería una cruzada estúpida. Me esfuerzo en ser lo más democrático posible, pero no agotéis mi paciencia.

Krukesh dio unos golpecitos con los nudillos sobre la mesa hololítica. —¿Qué hay del Primarca?

—Todavía en estado de coma —respondió Var Jahan—, a bordo del *Excoriator*.

—¿Cuál es el significado de… —Naraka señaló, mientras iba moviendo su brazo, los cuerpos que colgaban por todas partes—, …de todo esto?

—Esto —dijo Sevatar—, es el resultado de que el pequeño telépata de nuestro Primarca ya no esté haciendo su trabajo. ¿No es así, Trez?

El anciano parpadeó, dando una bocanada de oxígeno a través de su máscara, cuando los siete guerreros se giraron lentamente hacia él. Su intento balbuciente de una respuesta no llegó a ninguna parte; apenas si salió de sus labios.

—¿El *Comepecados* nos está fallando? —preguntó Naraka.

—Eso parece —respondió Sevatar.

—Mis señores… —Trez tragó.

—Ahora somos «mis señores» —Sevatar se reía—. Y antes era sólo «Jago».

—Mis señores, por favor. Antes de la emboscada, los sueños de Lord Curze se estaban volviendo demasiado envenenados, demasiado oscuros. Luché para purgarlos de dolor.

—Krukesh se encontraba más cerca del archivero marchito. Su semblante cadavérico se quedó mirando al hombre. —¿Estás fallando en tus tareas, pequeño psíquico?

La garganta de Trez se agitó al tragar de nuevo. —Por favor… estoy haciendo todo lo que puedo… Voy a duplicar mis esfuerzos en cuanto él regrese a nosotros, lo juro por mi alma.

Naraka se unió Krukesh mirando hacia abajo al erudito encorvado. —Diste tu palabra a la Legión antes, telépata. Y ahora nos fallas.

—Sevatar… —logró susurrar Trez entre los jadeos respiratorios.

—Te advertí que estuvieras en otro lugar —señaló Sevatar. Dejó que sus palabras flotaran en el aire, añadiendo a la amenaza implícita las cuchillas de una mirada maliciosa de ojos negros fijos en el archivero.

—Dejadlo en paz —dijo Sevatar al fin—. Lo necesitamos.

Los dos capitanes se alejaron, uno riéndose entre dientes y el otro en silencio. —La degeneración del Primarca es una grave amenaza para nosotros —dijo Var Jahan desde el otro lado de la habitación—. Colocar cabezas en estacas para advertir a los esclavos del precio de la desobediencia es una cosa. Habitar entre los cuerpos de legionarios muertos y siervos de la Legión es otra muy distinta.

Sevatar empujó suavemente uno de los cadáveres cercanos, balanceándolo sobre sus traqueteantes cadenas. —Degeneración es una palabra dura. Lamento haberla usado yo mismo en el pasado. Nuestro señor es un hombre obsesionado, eso es cierto. Pero permanece intacto. Esta guerra, este exilio en la más profunda oscuridad, es lo que lo está envenenando. Se siente inútil.

—Conjeturas —dijo Naraka.

—Estás suponiendo —dijo Krukesh a la vez.

—¿Lo estoy haciendo ahora?

Krukesh dejó escapar un suspiro entre sus dientes manchados de sangre. —Sólo cuéntanos tu plan, Sevatar. No somos estúpidos. Estás tramando algo.

—No es un plan, es una decisión. Voy dividir los restos de la Legión. Voy a dispersar a los Amos de la Noche por toda la galaxia, para que hagan la guerra como deseen. Cada uno de vosotros cogerá las fuerzas que pueda reunir, formando una de las seis grandes compañías. Y luego haréis lo que queráis. No me importa, siempre y cuando sangréis al Imperio. Reclamar vuestro propio pedazo del Imperio de la Humanidad. Venir conmigo a la larga cruzada de Terra —Sevatar se encogió de hombros—. La elección será vuestra. Var Jahan, si todavía estás tan despiadadamente comprometido con la lucha contra los Ángeles Oscuros, puedes permanecer con tus compañías y ralentizar su velocidad, como tú desees.

Var Jahan no hizo ningún comentario. Sevatar podía ver los pensamientos bullendo en las profundidades de sus ojos negros.

—Seis grandes compañías —dijo Tovac—. El *Cuervo* será uno de los Kyroptera, pero no tiene ningún hombre al que mandar. ¿Por qué incluirlo de todos modos?

Alastor no dijo nada. Simplemente forzó una tensa sonrisa.

Sevatar asintió a la pregunta. —Él es uno de los nuestros, ya sea nacido en Nostramo o no, y no importa la sangre que late por sus venas. Estar en la Octava Legión es más que carne y hueso. Ganó su lugar entre la élite en Isstvan. ¿Acaso lo discutes?

—Yo no —Tovac inclinó la cabeza hacia Alastor—. Todos los presentes saben que no guardo ningún rencor contra el *Cuervo*.

—Necesitamos tiempo para pensar en esto, primer capitán —dijo Var Jahan.

—Tenéis tres noches antes de que empiece la coordinación de las naves de la fuerzas que me llevaré a Terra.

—¿Vas a matarnos si no estamos de acuerdo con esta… división? —preguntó Ophion.

Sevatar sacó su sonrisa tirante de nuevo. —Y me dijeron que no eras un pensador, capitán Ophion.

Sevatar subió a bordo del *Excoriator* con Var Jahan a su lado y Ekra Trez siguiendo sus pasos. En otras legiones, la llegada del primer capitán y comandante de la nave podía haber provocado al menos una pequeña ceremonia. En la VIII Legión, los criados y siervos que trabajaban en el hangar bajaron la cabeza en silencio respetuoso e hicieron todo lo posible para llevar a cabo sus funciones pasando desapercibidos.

Mientras los capitanes caminaban por los pasillos oscuros de la nave de guerra de Var Jahan, Sevatar habló en voz baja.

—Hay algo que acabo de darme cuenta que no sé.

Var Jahan miró a su izquierda, de repente inquieto por el tono introspectivo en la voz de su hermano. —¿Sí?

—¿Cómo os sentisteis los terranos de la Legión cuando todos veíamos a Nostramo arder? No era vuestro mundo natal, después de todo.

Var Jahan reflexionó sobre la pregunta, no muy seguro de que contestar. —La mitad de la Legión es terrana, Sevatar. ¿Nunca has hablado con alguno de ellos sobre esto, ni siquiera una vez?

El primer capitán no respondió. A veces tenía gran dificultad para recordar que otras personas tenían diferentes puntos de vista que él. Por supuesto que sabía que llevaban vidas diferentes y que se habían formado con diferentes experiencias, pero se esforzaba por imaginar sus perspectivas. No podía, en esencia, ver las cosas desde sus puntos de vista.

Parte del problema era que él rara vez estaba equivocado. Se hacía difícil tomar en serio las opiniones y observaciones de otras personas. Siempre había sido así, incluso cuando era un niño. Su madre le había dicho que lo dejaría partir, que se desarrollaría mejor con gente.

No lo hizo. No lo había hecho.

Era lo mismo en la batalla. No sabía por qué también era diferente allí. No sabía por qué corría más veloz, mataba más rápido y se cansaba más despacio de lo que lo hacían los demás. Se había batido en duelo una vez con Sigismund de los Puños Imperiales, el único guerrero que alguna vez le había llevado a un punto muerto en

más de cien años de guerra. El duelo había durado casi treinta largas, largas horas de sudor, juramentos y el estruendo del choque del hierro contra el hierro.

Al final había jugado sucio. Terminó el duelo, mientras cientos de guerreros de ambas legiones miraban, dando un cabezazo al templario y descalificándose a sí mismo. Rompió las reglas, así como la racha ganadora de Sigismund.

Fiel a su naturaleza, Sigismund no había hecho otra cosa que reírse. El estoicismo orgulloso el primer capitán de los Puños era tan famoso porque no ocultaba la humanidad de su talante. Sevatar siempre le había envidiado por ello ya que para él resultaba muy difícil reír, bromear o crear vínculos fácilmente con los compañeros de armas.

—Olvida lo que te pregunté —le dijo a Var Jahan—. Buena suerte en el consejo con tus capitanes, hermano. Voy a ocuparme del traslado del Primarca.

Los dos capitanes se separaron. Trez arrastraba los pies tras Sevatar sin decir nada.

Conozco tu secreto, Jago. El recuerdo de las palabras del anciano era curiosamente distante.

Sevatar entró en el Apotecarion, saludando a los tres apotecarios que permanecían cerca del Primarca yacente. Éstos devolvieron el saludo mientras se acercaban a la losa quirúrgica.

—¿Algún cambio, Valzen? —preguntó al apotecario jefe.

—Ninguno. Sigue durmiendo.

—¿Alguna señal de sueños?

—Aún no hay evidencia de ello en ninguno de los barridos cerebrales del auspex — la cara de Valzen era parcialmente augmética, una imitación en plata y acero de los rasgos que perdió por el puño sierra de un guerrero de los Manos de Hierro en Isstvan. El ojo negro de cerámica no parpadeaba y la boca no se movía; Sevatar era un estudiante apático de la historia, pero pensaba que el rostro resplandeciente se remontaba a las máscaras de la muerte de las culturas primitivas de la antigua Terra.

—Tener todo preparado para transferir al Primarca al Apotecarion a bordo del *Anochecer*. Nos vamos en tres noches.

—Por supuesto, capitán —Valzen vaciló, aunque su rostro cromado sin emociones no mostraba ningún indicio de ello—. ¿Por qué el *Comepecados* está aquí? Lo he dicho en todos los informes, señor, el Primarca no está soñando. No se requiere la presencia de Trez.

—Lo sé. No te preocupes por ello.

—Como quieras.

Sevatar miró alrededor del atareado Apotecarion, a los servidores, los siervos con delantales y batas quirúrgicas y los apotecarios de la Legión que permanecían al lado del Primarca. Conocía a los tres cirujanos guerreros: Valzen era su propio apotecario, un oficial del Atramentar. Los otros dos eran de la Tercera y de la Décima compañías, respectivamente.

—Déjenme —les dijo Sevatar a todos ellos—. Incluido tú, Valzen. Despejar el Apotecarion. No quiero a nadie aquí.

—Capitán…

—Tengo una idea que puede traerle de vuelta.

—Sev, yo tengo que quedarme. No puedes esperar que me vaya.

—Lo que espero es que hagas lo que te ordeno —en un raro momento de introspección, Sevatar suavizó la demanda con una mano en la hombrera de Valzen—. Y espero que confíes en mí, hermano.

Trez respiraba lentamente, una vez que se quedaron solos. Su respiración era áspera, con un ritmo húmedo y enfermizo tras los gruñidos de la armadura de Sevatar y los sonidos digitales de los equipos médicos. —Así que esto es por lo que me has traído —dijo el archivero. Su voz resonó en la habitación vacía.

Sevatar estaba junto al Primarca dormido. En reposo, Curze parecía menos desdichado, menos debilitado por las tensiones de dirigir una guerra de guerrillas en el vacío, allá en la más profunda oscuridad, desde hacía más de dos años y a lo largo de cientos de sistemas estelares.

Curze no había nacido para esto. Él era un justiciero, un juez, un hombre nacido para mirar a traidores y ladrones a los ojos mientras pronunciaba su sentencia. Y ahora, ¿en qué se había convertido? ¿En un general? ¿Un almirante? Un líder de la

guerra atrapado bajo las pantallas logísticas y tácticas, condenado a languidecer con sus hijos en el otro extremo de la galaxia.

Peor aún, ahora mismo era un traidor.

Sevatar había visto la desesperación de su Primarca, la degeneración, el anhelo de un objetivo durante el aislamiento entre las estrellas dispersas del profundo vacío. Lo había visto desde que zarparon para el sector Thramas y ahora quería respuestas. Las conjeturas y la paciencia ya no eran suficientes.

La mano enguantada de Sevatar se mantenía por encima de la pálida frente del Primarca con los dedos medio doblados, reacio a tocar el rostro de su padre.

—Esto probablemente te matará, Jago.

Él asintió con la cabeza a las palabras de Trez. —Lo sé.

El archivero tomó aire en una húmeda inhalación. —Tú tienes la fuerza para ello. Pero no el control.

—Lo sé —dijo Sevatar de nuevo—. Pero tengo que intentarlo. No quiero que muera —miró a su guantelete carmesí, pintado como evidencia de sus pecados—. Ya le fallé una vez. No voy a dejar que suceda una segunda.

Trez suspiró, gotas de rocío de la respiración se condensaban brillando en el interior de su respirador. —No hay vuelta atrás en esto. Si desbloqueas el don que tan duramente has tratado de olvidar… Algunas puertas no pueden ser cerradas.

Sevatar apenas le escuchaba ya. —Todavía lucho para contenerlo —dijo, su voz apenas audible bajo el zumbido de las salidas de aire del techo—. ¿Me ayudarás? No puedo hacer esto yo solo.

El anciano se acercó cojeando con su maltrecha columna y las piernas rígidas. Alargó una mano malograda por las manchas de la edad y los temblores de una creciente artritis, y cerró sus nudosos dedos en la parte trasera del guante rojo de Sevatar.

El primer capitán bajó la mano, apoyando los dedos en la frente de su padre.

—Dijiste que él no estaba soñando, Trez —Sevatar habló en voz alta, con la expresión muerta y mirando a la nada—. Te equivocaste.



SEGUNDA PARTE

HIJO DEL MUNDO SIN SOL



V

El niño que sería rey

El niño se levantó de entre los escombros, vistiendo nada más que manchas de ceniza y suciedad pegadas a su pálida piel. Miró al cielo, oscuro como el vacío, ciego y sin un sol. Miró a la ruina de metal de su cuna mecánica, todavía soltando vapor a través de su agrietado y burbujeante blindaje. Y luego, aún sin nada parecido a una expresión en su delgado rostro, miró hacia el horizonte.

Una ciudad. Una ciudad de torres y cúpulas, con sus leves y mortecinas luces todavía iluminando la oscuridad circundante con la intensidad de un faro.

La primera expresión que cruzó por la cara del niño fue sutil, pero reveladora. Sus ojos se estrecharon mientras los latidos de su corazón se aceleraron. Instintivamente, sabía que encontraría a otros de su especie en la distante y ricamente iluminada colmena. La idea le hizo hacerse con un arma. Unos dedos blancos se cerraron en torno a un trozo irregular de metal del suelo ya frío.

La sensación del cuchillo en sus manos trajo una segunda expresión a sus juveniles y tersos rasgos.

Sonrió.

Ellos nunca lo podrían atrapar, sin importar cómo lo intentaran. El chico era un borrón de ropa negra recortado contra las sombras de las esquinas. Sus harapientas botas apenas tocaban el suelo mientras corría.

Los disparos le perseguían, salvaje y aullando en la noche. Las balas eran como zumbidos de insectos en sus oídos. Sonrió más fuerte, corriendo más rápido dobló una esquina para entrar en un callejón. Saltó sobre los charcos de agua de lluvia

inmunda, girando en cuclillas entre dos grandes contenedores de residuos residenciales. El muchacho metió las manos blancas en sus bolsillos, bajó la cabeza para que su sucio cabello negro tapara su rostro y contuvo el aliento.

Allí esperó, una sombra como otra cualquiera, todo movimiento detenido.

Sus perseguidores venían en un hatajo sin aliento, sus jadeos sibilantes hedían a agua envenenada y sus pieles apestaban a sangre de otras personas. Algunos se fueron a la izquierda y otros a la derecha, pero todos ellos corrían a través de los charcos que convertían el callejón en un pantano de hormigón.

El muchacho había intentado no sonreír; sus huellas en el pavimento harían que rastrearlos fuera la cosa más fácil del mundo.

Uno de ellos se quedó en el callejón. A partir de sus jadeos y de los latidos acelerados del corazón, el chico sabía sin mirar que la corpulencia del hombre le impedía seguir el ritmo de sus miserables compañeros de pandilla. El muchacho abrió los ojos, se puso de pie y salió de las sombras. Dejó que el cuchillo que llevaba en su mano cogiera el reflejo de una farola cercana.

El hombre se volvió con un gruñido, fijándose en el flaco muchacho sonriente.

Su grito trajo a sus amigos de vuelta. El más rápido de ellos tardó menos de veinte segundos en llegar a la boca del callejón de nuevo. Cuando llegaron, no había ni rastro del chico, y el hombre gordo que pertenecía a su partida estaba boca arriba en un charco de agua de lluvia enturbiada con sangre caliente, con todos los dedos cortados y su cara despellejada descubierta hasta los huesos.

Tenía hambre.

Sabía que podía robar a los muertos, coger sus monedas y papeles para comprar comida. También sabía que podría simplemente robar comida a los vendedores ambulantes, tomando su fruta y pan caliente, porque era lo suficientemente rápido para escapar sin ser capturado.

El chico sentía su estómago anudado, enrollándose sobre sí mismo, gimiendo de deseo. Había intentado beberse su propia sangre la última vez que sintió este hambre. Esto ayudó a aliviar el dolor, pero lo dejó tan débil como antes.

Las ratas ya no eran suficientes. Necesitaba más. Había cogido una hace dos horas, pero lo necesitaba de cebo para su trampa. Utilizó toda su fuerza para no rendirse ante el tormento en su estómago y solamente comer los bichos muertos de hambre, pequeños huesos crujientes y demás.

Finalmente, un grupo de tres perros salvajes, cada uno más andrajoso y desaliñado que el anterior, gruñeron en la boca del callejón, luchando por la rata muerta que el muchacho había dejado a la intemperie.

Con su lengua hormigueando, engrosada por el subidón de calor de la saliva, el chico cogió su cuchillo y comenzó a correr.

Observaba la ciudad a sus pies, agachado en el borde de la azotea, encorvado en imitación de la gárgola monstruosa que tenía a su lado. Sus ropas eran harapos con los que no esperaba resguardarse del frío. Crecía demasiado rápido y necesitaba robar algo nuevo casi cada semana. En verdad, él ya no era un chico. Era ya tan alto como la gente a la que cortaba, trinchaba y mataba.

El territorio de abajo pertenecía a los hombres y mujeres con lágrimas rojas tatuadas en sus rostros. El muchacho por lo general evitaba sus dominios, pero esta noche los gritos le atrajeron hasta las inmediaciones. Él les había advertido con anterioridad en más de una ocasión. Les había advertido que pagarían un precio en sangre cada vez que entraran en su parte de la ciudad.

Y sin embargo, vinieron de todos modos. Habían llegado en grupos, matando a los hombres desde el distrito vecino y arrastrando a las mujeres de vuelta por deporte.

No. Ya no más. El hombre pálido se deslizó desde el techo, bajando con la única ayuda de los asideros en las paredes de piedra. Sus botas decoraron el callejón de abajo con las huellas de un espectro y, vestido con los harapos de un mendigo, fue a ver por qué no estaban siendo escuchadas sus advertencias.

Habían dejado centinelas en la hilera de fábricas abandonadas que marcaban los límites de su dominio. Se cruzó con el primero de ellos, un hombre con un perro sarnoso, al dejarse caer desde un agujero del techo en ruinas.

El centinela se volvió y levantó su arma, pero el hombre pálido le rompió el brazo por el codo e introdujo una daga de cristal en su sucio cuello. El perro gruñó, retrocediendo y enseñando los dientes, pero sin ganas de pelea. El hombre pálido le devolvió la mirada con los ojos entrecerrados y mostrando sus dientes blancos.

El perro salió corriendo, aullando y gimiendo.

Antes de que el hombre pálido se marchara, degolló al centinela muerto y dejó la cabeza cortada sobre la barandilla de una valla de hierro. Tal vez, la colocación de avisos dentro del territorio de la banda funcionaría mejor. Dejaría una docena, quizá veinte esta vez.

Si eso fallaba, la próxima vez dejaría cuarenta.

El llanto era música para él. Los disparos le provocaban carcajadas. El dolor y el pánico eran la estrofa y el estribillo de su vida entera. No porque disfrutara mucho de ellos, sino porque en esta ciudad, era todo lo que había escuchado. Eran los sonidos que le alimentaron en la infancia, en ausencia de la leche de la madre. Con los gritos de la decadencia urbana en sus oídos, creció hasta la edad adulta, y luego en algo más allá de ella.

Estaban escribiendo sobre él. No sabía leer, pero aun así, obtenía ideas y conocimiento mirando la secuencia de la escritura en un trozo de papel de periódico o en los libros de texto a través de un monitor. Aprendió la lengua local sin proponérselo, sin siquiera saber cómo. La comprensión simplemente llegó, y a él le pareció bien que así hubiera sido.

Un alma vengadora, le llamaban. Un recuerdo homicida de la época de la Ley Indeseada, aguardando en la ciudad. Un fantasma de la vieja Tierra acechando en las calles por la noche. Primeramente le dieron un nombre, para poner una cara a sus miedos. Pero muy pronto el nombre se convirtió en una maldición.

El Acechante Nocturno.

Se desplazaba como un fantasma por la catedral, por esa gran casa dedicada a un falso dios, gateando por el techo arqueado y sin un ruido, perdido por encima de donde las luces podrían alcanzar. La reina-sacerdote de este edificio monumental robaba a su pueblo. Les sangraba el dinero, la libertad y la sangre. Se llevaba a sus hijos. Controlaba sus vidas. Todo por el dudoso honor de su protección, protección de los otros reyes callejeros y reinas de los callejones, quienes sólo harían las mismas cosas que ella hacía.

Al hombre pálido le entristecía ver cuán débiles eran las personas. A veces, no parecían diferentes de los perros que utilizaban para proteger sus hogares. Se llevaban los mismos golpes y llevaban collares igual de vinculantes, aunque no

tanto en el plano físico. Muchos de ellos eran marcados con tinta por sus amos, empujados a una esclavitud legal, o simplemente corriendo por las calles en pandillas salvajes, consiguiendo todo lo que querían por la amenaza o la fuerza.

La mayoría de ellos, aquellos que no servían como esclavos contratados en el paisaje urbano, eran trabajadores de la fundición, bregando en las fábricas apestosas cuyos humos asfixiaban los cielos y bloqueaban el débil sol.

Él caminaba en el borde de una sociedad sin miedo al castigo, y por lo tanto sin un concepto de justicia. Estas personas, al nivel más básico, no tenían necesidad, ni reparos, de obedecer alguna cosa que no fuera la ley de *la fuerza da la razón*. E incluso esa regla estaba dividida, desglosada entre cientos y cientos de mezquinos líderes de pandillas y señores de la guerra de la calle.

Apenas *gente* en absoluto. Más próximos a los animales. Criaturas en una colmena.

Pero él los había visto y había aprendido. Era sólo el instinto lo que los mantenía así. El instinto podía ser controlado. Los depredadores podían ser domesticados. Las presas podían ser pastoreadas.

El hombre pálido sabía que tendría que aparecer ante muchos de ellos esta noche -las cartas le habían revelado todo eso-. Los miles de congregados en este lugar de refugio de mala calidad lo verían por primera vez. Una indulgencia necesaria, nada más. Había aprendido de ellos. Ahora iban a aprender de él.

Se arrastró más y más cerca, preparándose para salir del techo.

La caída mataría a cualquiera de ellos, pero el hombre pálido estaba considerado como de una raza aparte. Soltó su agarre, girando en el aire, su ropa harapienta ensanchándose para formar unas alas maltrechas.

Las exclamaciones de la multitud fueron más sonoras que su aterrizaje. La sacerdotisa y dueña de todos ellos, envuelta en sus finas ropas que olían a aceite para armas y a sangre de inocentes, se estremeció y se meó encima. Estaba muerta incluso antes de que empezara a caer, escapándosela el fluido de la vida desde un agujero en el pecho. El hombre pálido reventó su corazón con la mano con un crujido de carne aplastada.

—El Acechante Nocturno… —dijo alguien, una voz solitaria entre la atónita multitud. Y de repente todos estaban diciéndolo, susurrándolo, gritándolo. Algunos corrían, otros le señalaban, otros cogieron sus propias armas.

Él vio la verdad en ese momento, una verdad que había sentido pero a la que nunca se había enfrentado. Ellos lo odiaban tanto como lo hacían sus amos. Él era un demonio para ellos de la misma manera que lo era para sus dueños. Nadie estaba a salvo de él.

El hombre pálido se giró y se escabulló de los ojos que le miraban fijamente, todo ello sin parar de reírse.

La clave para el cambio era mostrar a la multitud que sus pecados llevaban implícita la amenaza del castigo. Tenían que ver que la justicia sería aplicada, porque esa era la única manera de que aprendieran.

El miedo era el arma, eficaz por encima de todas las demás. El miedo los mantendría obedientes, ya que habían demostrado de una forma tan clara que no se podía confiar en que mantuvieran los más básicos ideales por ellos mismos.

El Acechante Nocturno había llegado a conocer todo esto por la observación y el aprendizaje, fundiendo sus percepciones con el sentimiento instintivo de cómo debería funcionar el mundo. Sin educación, no le importaban nada los ideales de la civilización y de la cultura; su depravación le impactó negativamente a un nivel muy inferior que el nivel más primario. Su violencia contra el prójimo iba en contra del propio instinto de los animales de una manada, ya sea conscientemente o no. Un pueblo dividido nunca crecería, nunca tendría éxito, nunca progresaría. Les faltaba aún la unidad necesaria para prosperar a través del odio hacia un enemigo común. Todo esto le ofrecería algún grado de progreso y de cohesión, pero incluso eso estaba más allá de ellos. Sus vidas se regían por la necesidad egoísta de robarse los unos a los otros y de matar a sus vecinos.

El Acechante Nocturno reflexionó sobre todo esto mientras agarraba al forcejeante hombre por la garganta. Esta noche era una noche como cualquier otra, con los pecadores sangrando.

—Por favor… —murmuró el hombre. Era un hombre viejo y eso era peor. El Acechante Nocturno no podía evitar preguntarse durante cuántos años el hombre había estado arrebatando el dinero, la sangre y la vida a la gente de la ciudad.

Sobrevivía en la más alta cima del pecado. Su podredumbre corrompía a todos por debajo de él.

—Por favor… —dijo de nuevo—. Por favor.

Por favor. ¿Con cuánta frecuencia el Acechante Nocturno escuchaba esas palabras tartamudeadas en su presencia? ¿Realmente esperaban que prestara atención a sus ruegos?

—Te daré lo que quieras —dijo el viejo—. Cualquier cosa. Cualquier cosa que tú quieras.

El gruñido del Acechante Nocturno era como algo húmedo y borboteante en el fondo de su garganta. Aborrecía la imploración, principalmente porque no la entendía. Ellos sabían que eran culpables y que la justicia les había llegado. Se merecían esto. Sus acciones lo habían hecho necesario. Entonces ¿por qué suplicar? ¿Por qué tratar de evitar las consecuencias de sus propias acciones? ¿Por qué pecar lo más mínimo si el precio era demasiado alto para pagarlo?

Gruñó de nuevo mientras el hombre seguía suplicando.

—Esto te lo has ganado tú —respondió el Acechante Nocturno con su voz curiosamente suave—. No implores. No me culpes. Este es el final para el camino que elegiste tomar.

—Por favor…

El Acechante Nocturno se estremeció con repugnancia. Por favor. Ya estaban esas palabras otra vez. Las primeras palabras que había aprendido en su vida a partir de escucharlas de los labios temblorosos de un sinnúmero de cobardes.

—Tengo familia…

—No, ya no —el Acechante Nocturno miró a través de un velo de pelo sucio, examinando el almacén vacío—. Tu esposa y tu hija ya están muertas. Tu casa se quemó hasta los cimientos hace una hora.

—Estás mintiendo… Estás mintiendo…

El Acechante Nocturno soltó la garganta del anciano tumbándolo en el suelo, incapaz de moverse con sus brazos y piernas rotos por los codos y las rodillas. Con

un cuchillo hecho a partir de un trozo de cristal roto, el Acechante Nocturno se agachó sobre su cautivo. La punta de la daga a presionó en la suave piel debajo del ojo derecho del anciano.

—Todo aquel que comparte un lazo de sangre contigo está muerto, por el delito de haber participado en tus múltiples pecados. Este cristal es de la ventana de tu dormitorio. Lo cogí después de despellejar a tu esposa mientras ella todavía respiraba.

Deslizó la hoja hacia delante, hundiéndola en el ojo abierto del anciano. Fue entonces cuando realmente comenzaron los gritos.

Tres horas más tarde, el anciano fue encontrado crucificado en la torre de un edificio de la milicia de la ciudad abandonada. Sus cuencas vacías miraban a la gente que pasaba, mientras la lluvia restallaba sobre sus músculos despellejados. El hombre desollado tardó casi veinte minutos en morir y todo mientras gritaba todo lo que podía sin su lengua.

El verano y la guerra aparecieron ambos de la nada. Nadie recordaba un verano con tanto calor y tan largo, que transformaba las nubes por encima del ácido cielo de Nostramo Quintus en tormentas de presión. El paisaje asolado de la ciudad no era ajeno a la lluvia ácida como resultado inevitable de las exhalaciones de sus fundiciones, pero los aguaceros de esa temporada era lo suficientemente corrosivos como para quitar la pintura del acero y provocar lesiones en la piel sin protección.

La guerra se libraba ostensiblemente en las sombras, pero en un mundo sin luz del sol, esto convertía toda la ciudad en un campo de batalla. El Acechante Nocturno sabía que lo estaban cazando. Lo sabía y lo fomentaba. Significaba que la jerarquía que tenía atada con correa a la población estaba empezando a sentirse amenazada. Mejor aún, que estaban empezando a sentir miedo. Lo querían muerto antes de que pudiera llegar a más de ellos. Los habitantes de la ciudad lo habían odiado desde hacía años, desde que su nombre había significado una invocación susurrada dentro del mito urbano y sus actos no iban más allá de la mutilación y el asesinato de la escoria de los bajos fondos.

Pero ahora, aquellos en el poder se unían al juego. También le temían. El cambio estaba poco a poco arraigando.

El último de los señores de la ciudad en caer en sus manos había sido un terrateniente, un supervisor de las inversiones en las refinerías de adamantium al sur de la ciudad.

—Las personas sois como animales —había dicho el Acechante Nocturno al noble acobardado—. Sin miedo al castigo, las cosas se desmoronan. El núcleo no puede sostenerse.

—Por favor…

Aquellas palabras de nuevo.

—Tuviste todo el poder, todas las oportunidades, sin embargo fracasaste en el aprendizaje de la verdad más sencilla de la condición humana. Tuviste tu oportunidad. Ahora tu muerte enseñará esa verdad a otros.

El Acechante Nocturno había dejado su cuerpo sin cabeza colgando por los tobillos de una torre de energía. El cadáver estaba desnudo, pero decorado salvajemente con trescientas nueve tiras separadas a lo largo de la piel, una por cada vida perdida en un reciente incendio de la fundición.

No temía el hecho de que aquellos en el poder le cazasen ahora. Que lo intentaran. Ellos sabían que él cada día dormitaba en una guarida diferente –en los días que decidía que necesitaba dormir. El Acechante Nocturno echó a un lado la piel desprendida de un matón poco sensato que había atrapado agrediendo a una mujer en una azotea. El miserable despellejado había muerto antes de que el desuello se hubiera completado. La mujer había huido tan pronto como le habían salvado, gritando y sin mirar atrás ni una vez.

El Acechante Nocturno se lavó la cara con la sangre del violador muerto, manchando su piel con el pecado, antes de penetrar en la noche eterna de la ciudad.

El vendaje en su antebrazo estaba tenido de oscuro por el sudor y la lluvia sucia, pero al menos la herida había dejado de sangrar. El Acechante Nocturno probó su brazo, girando la muñeca, moviendo la articulación del codo y flexionando los dedos.

Dolor, nada más. La bala le dejaría una cicatriz, pero entonces, ¿no lo eran todas? No se había mirado en un espejo desde hacía algún tiempo, pero al pasar sus dedos callosos sobre el pecho y la espalda notaba más que un ligero granulado de tejido

cicatricial de agujeros de bala. No podía esquivarlo todo, no importaba que fuera más rápido que los humanos que lo cazaban.

Todavía tenía frío, cada noche. Todavía pasaba penurias. Pero eso, también, podría cambiar pronto. Tuvo una idea. Un sueño en medio de una vida de pesadilla.

El Acechante Nocturno vio un grupo de niños mendigos, huérfanos de las calles que aún no pertenecían a ninguna pandilla, despojando de joyas y dinero a un cadáver que había tirado en la cuneta. Podría haberlos matado -la tentación de hacerlo se paró en su garganta- pero la visión de su actividad carroñera le hizo reír.

Cuando los niños se giraron con los ojos como platos y aterrados por el ruido, él ya se había ido.

Noches enteras pasaron cuando él ya no olía a sangre. Ellos ahora se quedaban en sus casas y hábitats, rara vez salían a las calles una vez que las fundiciones cerraban por la noche. Ya no resonaba en las calles de la ciudad el eco de las armas de fuego y de los gritos de los heridos, de los maltratados y de los moribundos.

Aun así, el Acechante Nocturno vigilaba su ciudad, su gente. Los pecadores estaban más silenciosos, los delitos permanecían ocultos, pero la ciudad no estaba libre de su influencia corruptora. Su miedo era todo lo que deseaba de ellos y lo único que recibió. El miedo trajo la obediencia. El temor los obligó a elevarse por encima de sus repugnantes instintos animales y vivir como seres humanos.

Los intentos de darle caza aún se prolongaron, pero había pocos dentro de la jerarquía en condiciones de llevarlo a cabo. Matones y pistoleros se estaban haciendo famosos por negarse del todo a darle caza, y los hombres y mujeres cobardes y de mente estrecha que lo deseaban ver muerto nunca salían a las calles para hacerlo ellos mismos.

El Acechante Nocturno rompió el hueso entre sus dientes, limpio ya de los últimos restos de carne. El sabor amargo del cerdo ya no le hacía encogerse. Años de necesidad se habían llevado cualquier reticencia y titubeo.

Arrojó la tibia humana a lo lejos y se lamió los dientes limpios. Había algunas noches en las que casi no recordaba el sabor del perro.

—Damas —dijo—. Caballeros.

Los nobles reunidos se pusieron en tensión ante las palabras. Sus guardaespaldas echaron mano de sus armas ocultas. La situación pendía de un hilo.

Se agazapó en lo alto del trono de un sacerdote, su extrema delgadez era ocultada por los harapos que llevaba sobre su pálida piel llena de cicatrices, y la cortina sucia de pelo oscuro le cubría las manchas de la cara.

—Tenemos que hablar —les dijo. Su voz era como la respiración de un fantasma, toda ella sutil y sibilante. En la penumbra, las cuencas de sus ojos eran como pozos hundidos en la cara de un espectro. Su sonrisa era una hendidura entre los labios del color de la leche.

Los guardaespaldas, acorazados sólo con conjuntos caros de sastrería, apuntaban sus armas contra él. Pistolas. Lanza proyectiles. Él tenía una gran cantidad de cicatrices de ese tipo de armas. El ver que una veintena de ellas le apuntaba directamente no hizo más que ensanchar su sonrisa sin alegría.

—No podéis matarme —su voz hervía—. Ni siquiera lo intentéis. Así no es como termina.

El Acechante Nocturno se inclinó hacia delante, con el rostro bañado por un fragmento de luz de las bandas de iluminación de bajo consumo situadas en el techo. Sus rasgos demacrados podrían haber sido esculpidos en alabastro, no más calientes al tacto, no más vivos que la piedra.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó uno de los nobles—. ¿Qué quieres? —el Acechante Nocturno podía oler el rancio cobrizo del miedo en el aliento del hombre.

—Podría reclamar esta ciudad, ¿por qué no iba a hacerlo? Pero ya no es vuestra para dármela. Yo ya la he cogido.

Permaneció en cuclillas encima del trono, vestido con harapos y sombras. Podía sentir el efecto que su presencia tenía en ellos, podía oír el goteo del miedo ensuciando su ropa, oír el trueno sordo de los corazones moviéndose velozmente, ver los pelos minúsculos en sus cuellos poniéndose de punta.

—Es mi sino el elevarme por encima de vuestra naturaleza salvaje. Mi sino, como una criatura que está más allá de lo que vosotros sois. Soy los pecados de esta ciudad, de esta forma la gente puede permanecer libre de pecado.

El más valiente de ellos habló de nuevo, sus ojos negros decididos a pesar del temblor en sus dedos. —¿Esa es tu filosofía? ¿Todos los asesinatos y profanaciones son alimentados por… esto?

—Por la razón. Por la verdad. He aprendido cómo funcionan vuestras mentes y corazones. Con ese conocimiento popular, he traído la paz a esta cultura.

—A costa de la libertad.

El Acechante Nocturno respiraba lentamente mientras sonreía. —La paz reina, mientras yo reino. No espero que lo entiendas. Tú eres un hombre pequeño, con sueños pequeños.

—Tú has abierto paso a la paz de los cementerios —el noble se atrevió a dar un paso adelante—. La paz, a costa de renunciar a toda elección, toda libertad. La ciudad vive en el terror, obligada a vivir de acuerdo con las normas que has puesto sobre nuestros hombros.

—Sí —respondió el Acechante Nocturno. —Así es.

—Pero cada pecado…

—Es castigado —el Acechante Nocturno escuchaba sus corazones bombeando la sangre a través de sus cuerpos.

—Pero castigado con la muerte, sin importar el delito. No importa la magnitud del pecado. Los habitantes de la ciudad viven en silencio, no sea que una sola palabra les haga merecedores de la muerte por hablar en contra tuya.

—Sí —el Acechante Nocturno cerró sus oscuros ojos, como si estuviera escuchando a ese mismo silencio, a la deriva a través de la ciudad—. Escucha. Escucha el sonido del silencio puro. ¿No es sereno?

El joven noble negó con la cabeza. —Qué noble de tu parte, bestia.

—Balthius —el Acechante Nocturno pronunció el nombre del hombre en un susurro mientras acariciaba la hoja—. El potencial que veo en ti es la razón por la que todavía vives. Mantente en silencio y aún puedes seguir existiendo en la gloria de mi paciencia.

—Eres un monstruo.

—No —los dedos del Acechante Nocturno se curvaron en garras—. Soy un emisario de la civilización. Pero para ser la luz en vuestra oscuridad, debo ocultarme a mí mismo en el pecado.

El intruso levantó una mano para apartar lentamente el pelo de sus ojos hundidos. —Los humanos son animales. Bestias, utilizando la misma palabra de Balthius. Pero pueden ser conducidos, controlados, gobernados. La amenaza del castigo les obliga a vivir de acuerdo con el código de unas leyes. Por medio del temor, se elevan por encima de lo bestial. Estoy en el borde de grandes cosas, mis señores y señoras. Grandes cosas. Tengo esta ciudad por la garganta. Ahora, tenemos paz. Tenemos serenidad. ¿Podéis entender la importancia de esa palabra? Estamos al borde de grandes maravillas, si utilizamos la paz para impulsar el progreso.

Él levantó la mano otra vez, sus largos dedos blancos cerrándose lentamente a la vez, como una flor abriéndose insidiosamente en sentido contrario. —Pero yo quiero más. Quiero más de esta ciudad. Más de su gente. Más de este mundo al que llamamos hogar. Quiero lo que es mío por derecho y mío por el peso de la responsabilidad de aquellos por debajo de mí.

Por fin, el desprecio del Acechante Nocturno se desvaneció. Los miró a todos, con los ojos tan fríos y duros que podían haber sido ópalos dentro de las cuencas de un cráneo desnudo.

—Seré vuestro rey.

VI

Recuerdo

Él no volvió a cazar ya más. El paso de los años había robado esa necesidad. Su ciudad era un hervidero silencioso, iluminada por la luz del progreso, y por la luz más literal de farolas y almenaras. Ningún crimen, ningún pecado, se habían cometido en décadas. Los últimos vestigios de anarquía y resistencia se extinguieron poco después de que comenzara a transmitir sus mutilaciones en toda la ciudad a través de las interfaces pictográficas disponibles en todos los hogares, transmitiendo a sus víctimas gritando a través de la red de comunicaciones del planeta.

Esas ejecuciones, grabadas desde la sala del trono, terminaron con el poco crimen que quedaba. Su pueblo sabía que tomaría las calles a la menor provocación. En su miedo, las últimas almas descarriadas finalmente aceptaron la salvación que les ofrecía.

Nostramo Quintus, la ciudad capital del mundo sin sol, crecía cada año.

Los vuelos espaciales no era ningún misterio para ellos, aunque en el sentido más retrasado y sin el conocimiento de la disformidad, llegando a un puñado de mundos de los vecinos sistemas estelares. Nostramo había comerciado con su abundancia de adamantium con estos mundos para varias generaciones, además bajo el reinado del Acechante Nocturno, las exportaciones planetarias se elevaron a niveles sin par, al igual que los beneficios de tales esfuerzos. Las fundiciones de la ciudad y las forjas funcionaban a pleno rendimiento, las refinerías y las plantas de procesamiento se extendían a lo largo de la expansión del área urbana, y las minas arañaban cada vez más profundamente en la corteza sin precio de Nostramo.

Después del toque de queda, la ciudad dormía en absoluta calma. Cada amanecer, la mano de obra se ponía en pie con la penumbra del sol moribundo, para repetir el ciclo de trabajo una y otra y otra vez. Todo apestaba por el exceso industrial, ese hedor intenso a carbón y a productos químicos. La gente en sí apestaba a vidas grises y a miedo amargo.

El Acechante Nocturno se encontraba en el balcón de la torre gris anónima que él consideraba su castillo, con la vista fija en su ciudad junto a las gárgolas lascivas moldeadas en la piedra.

Hoy sería el día. Lo sabía cómo sabía todas las cosas. Las respuestas venían a él como siempre: en sus sueños. Desde que dominaba el mundo, encontraba sus sentidos post mortales mucho más afinados de lo que había imaginado. Sabía, como por un sexto sentido, que se estaba convirtiendo en algo. Estaba madurando, evolucionando, en… lo que estuviera predestinado a ser al nacer. Se manifestó primero al saber lo que la gente diría antes de hablar, y pronto se convirtió en un hábito el soñar con los acontecimientos de la mayoría de los días durante la noche anterior a que ocurrieran.

Muy pronto, comenzó a soñar despierto. De lo qué pasaría si comenzaba a superponer su visión de lo que estaba sucediendo. Hablaría con un subordinado, perdiendo el hilo de la voz del hombre, escuchando en su lugar las últimas palabras

del criado dentro de nueve años porque estaba destinado a morir a causa de una insuficiencia cardíaca. Vería los rostros de sus gobernadores, cada uno arrugado por los años aún no vividos, llevando cicatrices que aún no habían ganado.

De hecho, uno de esos sueños le había calado muy fuerte, ardiendo más brillante que todos los demás.

—Mirad al cielo —había pedido a sus gobernadores de distrito en el último cónclave—. Una flota se acerca. Una flota de tal magnitud que sus motores iluminarán el cielo de una forma que nuestro sol nunca pudo.

—¿Habrá guerra? —había preguntado Balthius.

—Sí —el Acechante Nocturno respondió—. Pero no con los que llegan. La guerra vendrá después, lejos de los márgenes de Nostramo.

—¿Quiénes son ellos? —había preguntado otro gobernador—. ¿Qué es lo que quieren?

—Son los guerreros de mi padre. Él viene por mí.

La ciudad lloró ante la Delegación de la Luz. Lloraron colectivamente, cada hombre, mujer y niño reunidos en las calles, con sus rostros pálidos mirando a los extranjeros que estaban entre ellos, mientras el cielo estaba iluminado por las falsas estrellas de los motores de las naves del espacio.

Los forasteros caminaban en un lento y majestuoso desfile. El suelo temblaba, literalmente, a su paso rítmico. Caminaban en grandes falanges con un sonido estridente, diferentes formaciones llevando armaduras negras, doradas, púrpuras o gris tierra. Eran gigantes los que los lideraban. Gigantes elevándose sobre sus guerreros, al igual que sus guerreros se elevaban por encima de los hombres mortales. Y liderando a los gigantes había un sol encarnado en piel humana; un dios en la carne de un hombre; su alma de fuego incontenible en una funda de carne y hueso. La ceguera fue la recompensa para todos los que se atrevieron a poner la mirada sobre él. Aquellos afectados pasaron el resto de sus vidas ciegos, con la imagen del dios viviente grabada en sus retinas muertas.

Los habitantes de Nostramo Quintus vieron su ciudad invadida por estos viajeros de otros mundos, millones y millones de bocas permanecieron en silencio, con los ojos muy abiertos de asombro. El silencio era tan intenso, tan poco natural, que

rayaba en lo inhumano. Incluso la lluvia se detuvo. La misma estación de tormentas contuvo el aliento mientras la procesión de la fuerza del mundo exterior alcanzaba la torre del Acechante Nocturno en el corazón de la ciudad.

Él les estaba esperando.

El ejército se paró como si fuera uno, todos y cada uno del cuarto de millón de soldados se quedaron inmóviles a la vez. Los cuatro gigantes siguieron adelante. El dios ardiente los llevó.

El primer semidiós, vestido de oro labrado, inclinó su cabeza de pelo blanco en un majestuoso reconocimiento, un rey saludando a un igual.

—Yo soy Rogal Dorn —dijo él.

El Acechante Nocturno no dijo nada. En el ojo de su mente, vio al gigante morir, arrastrado por un centenar de asesinos en un túnel oscuro, con sus cuchillos y espadas empapados con la sangre del guerrero.

El segundo gigante llevaba una armadura decorada de color gris, grabada con diez mil palabras, como si un erudito hubiera usado una pluma de piedra. Él asintió con su afeitada cabeza tatuada, igualmente entintada con escritura: unas letras doradas sobre la bronceada piel.

—Soy Lorgar Aureliano —dijo, su voz un himno donde la de Dorn había sido la de una comedida demanda señorial—. Hemos estado buscándote, hermano —había tristeza en sus ojos bondadosos; tristeza por la oscura ciudad, por su gente insalubre, por la evidencia de sus vidas grises y agotadoras.

Una vez más, el Acechante Nocturno no dijo nada. Vio a este guerrero coronado en fuego psíquico, gritando a un cielo en llamas.

El tercer gigante llevaba una armadura de un negro intenso con remaches. Sus brazos eran de plata maciza, aunque contorneados y móviles como extremidades vivas. Su voz era como las duras moldeadoras de las entrañas de una fundición.

—Soy Ferrus Manus —dijo. Sus ojos eran oscuros, pero no fríos.

El Acechante Nocturno se mantuvo en silencio al ver la cabeza del guerrero sujeta por sus cuencas vacías en los dedos blindados de otro hombre.

El último gigante llevaba una armadura pintada del violeta de un atardecer alienígena. Su cabello era plateado, largo y elegante. Solamente él sonrió, y solamente él se encontró con los ojos del Acechante Nocturno con calidez en los suyos propios.

—Yo soy Fulgrim —dijo este último guerrero—. Es bueno conocerte al fin, hermano mío.

El Acechante Nocturno seguía sin decir nada. Vio a este último gigante sólo en la más vaga de las imágenes; siempre deslizándose y riéndose, y nunca del todo visible.

El dios dio un paso hacia delante, con los brazos bien abiertos y tomando aire para hablar.

—K…

La primera sílaba golpeó al Acechante Nocturno con la fuerza de una lanza atravesando el corazón. Se puso de rodillas, jadeando para tomar un aire que le faltaba, la saliva le colgaba de sus dientes al descubierto. La sangre manaba de su corazón reventado, al igual que brotaba de su garganta cortada. Sus manos prensiles no tenían ninguna esperanza de detener el flujo. Toda su vida se escapaba en un torrente de líquido que le quemaba sus fríos dedos; las imágenes del asesinato martilleaban contra la parte posterior de sus ojos.

Sintió una mano sobre su cabeza. El dolor acabó en un latido, restaurando su cordura en un momento de misericordia. Su garganta no estaba cortada. Su corazón no había reventado. El Acechante Nocturno miró hacia arriba para ver al dios dorado, sin rostro y sin edad, aclarado en la imagen de un hombre. El rostro del hombre dios podría haber sido el rostro de cualquier hombre en cualquiera de un millón de mundos. Era todos los hombres, todos a la vez. La apoteosis del hombre.

—Estás en paz, Konrad Curze. He llegado, y tengo la intención de llevarte a casa.

El Acechante Nocturno se estiró para peinarse el cabello sudoroso apartándolo de sus facciones demacradas. —Ese no es mi nombre, padre. Mi gente me dio un nombre, y yo cargaré con él hasta el día de mi muerte —entonces se puso en pie, poco dispuesto a seguir arrodillado—. Y sé muy bien lo que quieres para mí.

La escena se congeló en torno a él. El Acechante Nocturno miró al Emperador -la reclamación de paternidad de una deidad durante un aquelarre de locos y señores de la guerra- congelado en el tiempo. Miró a sus hermanos, a sus legiones dispuestas en excelente formación detrás de ellos.

Miró a la multitud, se congelaron en la misma perfección de la pictoimagen sin movimiento. Motas de polvo destellaban en el aire, encerradas por todas partes en el mismo hechizo que la gente.

El Acechante Nocturno se volvió al ver una figura vestida de ceramita del color puro de la medianoche, las placas de la armadura atravesadas por un rayo pintado. El guerrero se quedó solo, mirando en silencio, con sus ojos negros sin juzgar, sin acusar.

—Sevatar —dijo el Acechante Nocturno al guerrero recién aparecido—. Tú no deberías estar aquí.

Sevatar se acercó. Los pasos de sus botas hacían eco alrededor de la calle y sus ojos negros se mantuvieron atisbando a la multitud congelada. Evitó mirar al Emperador. Recuerdo o no, él no tenía ningún deseo de sentir sus ojos llenándose de oro fundido. La última vez que había mirado al Emperador en carne y hueso, había tenido que soportar siete semanas en el Apotecarion mientras su visión sanaba. La impaciencia le había llevado al borde de exigir unos ojos augméticos.

—Mi señor —dijo el primer capitán a su padre.

—No deberías estar aquí —dijo de nuevo el Primarca. Él era Curze ahora, ya no era simplemente el Acechante Nocturno. Estaba cubierto de medianoche, como un reflejo de su hijo. Sus manos eran como púas por las garras asesinas de la longitud de una guadaña construidas para él en el forjas del distante Marte. —Dime por qué has venido.

—¿Qué clase de pregunta es esa? —Sevatar se apoyó en su lanza con la hoja serrada apoyada en el suelo de rococemento—. Usted es mi Primarca, padre. ¿Por qué no iba a arriesgarme para salvarle?

—Porque soy tu Primarca —Curze sacudió la cabeza, su sonrisa tan oscura como sus actos—. Y lidero una legión de miserables de mal corazón que no sienten lealtad hacia mí, ni entre ellos.

Sevatar se encogió de hombros con un crujido de las articulaciones de la armadura. —Y sin embargo, soy muy popular entre mis hermanos. El misterio de ello me fascina —miró alrededor de la carretera de nuevo—. ¿Por qué detenerme en estos momentos, señor? ¿Qué le llama de nuevo al pasado, cuando el futuro todavía está amenazado?

Curze no respondió. Hizo una seña a Sevatar para que le siguiera y comenzó a caminar por la calle, zigzagueando entre los guerreros quietos como estatuas de los Hijos del Emperador.

—No deberías estar aquí —volvió a decir el Primarca—. No, porque esto es privado para mí. Yo no me preocupo por eso, Sev.

—Entonces, ¿por qué no?

—Tú sabes por qué no —Curze rió con un sonido no muy diferente al de un lagarto ahogándose en polvo—. En una sola noche, has desbaratado décadas de supresión de tu talento —Curze miró hacia atrás por encima del hombro para ver que su hijo le seguía de cerca—. Tu psique ya no está protegida. Soy capaz de leer en ti, de una manera que no he podido hacer en años. Puedo ver a través de tus barreras, porque ya no hay obstáculos en absoluto.

Sevatar era consciente hacia lo que esto podía llegar. —No quiero saber.

—Claro que sí. Todo el mundo quiere —Curze miró hacia delante de nuevo, girando para moverse entre una falange aislada de Ultramarines, liderada por su estoico comandante.

—Le pedí que no me lo dijera entonces, señor —Sevatar le seguía con su cara ensombreciéndose. —Por favor, mantenga a nuestro acuerdo anterior.

—No —Curze lo dijo con su risita polvorienta de nuevo, como de viento ronco a través de una tumba—. Tú mueres en una batalla.

Sevatar tragó. —Eso no es sorprendente, señor. No tengo ningún deseo de conocer el resto.

—Estás a salvo, Sev. Veo poco más allá de esa verdad tan evidente.

Sevatar siguió en silencio durante un minuto más. —Está consiguiendo que me arrepienta de hacer esto. Esperaba encontrarle y… —dejó que las palabras flotaran, no muy seguro que querer terminar la frase.

—¿Y? —le apremió el Primarca.

—Y salvarle, señor.

—Es por eso por lo que disfruto tanto de tu compañía, Sevatar. Dices las bromas más secas.

Sevatar frunció el ceño. —He reunido un tercio de la Legión, Lord Curze —habló como siempre hacía cuando informaba oficialmente a su señor feudal, en un tono claro entrecortado—. El Kyroptera está listo una vez más. Tengo la intención de dispersar la flota, liderando la mayor parte de nuestras fuerzas hacia Terra. El resto se dispersará en el vacío, acosando las líneas de suministro imperiales, quemando mundos, llenando fosas de desollados en el corazón de las ciudades. Como en los viejos días.

Curze miró hacia atrás por encima del hombro. Sus dientes estaban afilados ahora, perceptibles hacia abajo como pequeñas dagas de marfil, al igual que lo estaban en el mundo de vigilia.

—Has dicho «imperiales» como si nosotros no lo fuéramos.

Sevatar asintió a eso. —No estoy seguro de que lo seamos más, señor —siguió después a su Primarca durante unos minutos más, moviéndose entre más guerreros de púrpura de los Hijos del Emperador—. Trez está conmigo. Puedo oírlo, sentirlo, en el fondo de mi mente. Me está ayudando a estar aquí. No estoy seguro de cómo.

—Él es un buen hombre —Curze habló en voz baja—. Por lo menos, tan bueno como es posible encontrar a alguien en nuestra flota. Ninguno de nosotros somos hombres de bien, ¿verdad?

—Hacemos lo que es necesario, señor —Sevatar pasó al lado de un capitán de los Hijos del Emperador cuyas inscripciones en la armadura reconoció. Consideró brevemente tratar de matar al guerrero aquí, en la memoria de su Primarca. Si la idea tuviera siquiera una remota posibilidad de éxito, lo habría hecho sin miramientos.

Después de pasar por entre las filas de la III Legión, comenzaron a desplazarse a través de las oscuras y acorazadas formaciones de la X Legión. Sevatar pasó distraído mirando aquí y allá las insignias de los guerreros que había matado en Isstvan.

—¿Señor? —preguntó después de varios minutos en silencio.

—Habla, Sev.

—¿Por qué nos odia? —le preguntó en voz baja, con cuidado, sin ninguna nota de ofensa o malicia. Las palabras frenaron a Curze en seco, parando él a su vez. Las largas hojas curvadas de cada uno de los nudillos del Primarca reflejaban la luz dorada de la aureola del Emperador desde varias calles de distancia.

—¿Qué?

Sevatar habló con la misma naturalidad que antes. —¿Por qué es el único Primarca que odia a su propia Legión? ¿Qué le hemos hecho?

Curze sonrió apenas. —Conversé con Angron y Lorgar, no hace mucho tiempo. Me hablaron de sus purgas, de la limpieza de los elementos no confiables de la Duodécima y la Decimoséptima. Me reí cuando me lo dijeron, por lo absurdo de la idea. Ellos sabían exactamente cuándo detener la matanza de los débiles, de los traidores y de los corruptos dentro de sus líneas de sangre. Yo no sabría ni por dónde empezar mi sacrificio.

Sevatar resopló con rechazo. —Cualquier otro día, señor, esas palabras podrían herir mis sentimientos.

—Mira a tu alrededor —dijo Curze—. Tú naciste en este mundo. Creciste hasta la edad adulta aquí, al igual que yo. El Emperador me elogió por mi dominio sobre este mundo. Incluso Fulgrim lo admiraba. Un modelo de acatamiento. Un mundo obediente, dijeron. ¿Era mi pueblo feliz? ¿Acaso importaba eso? Hice a esta gente humana, a pesar de sus impulsos salvajes. Les hice civilizados, a pesar de sus bajos instintos. Los crié por encima del nivel de las bestias. Esa era mi responsabilidad sobre ellos, como un ser superior. Y cumplí con ella.

Curze miró a las torres grises erguidas en todas direcciones, y la niebla congelada de las fundiciones y fábricas velando los picos de esas torres en una nube de humo contaminante. —Y mira cómo mi pueblo me ha recompensado. Me había ido sólo

un puñado de años antes de que todo se estropeara. Mi propio mundo natal envenenó mi Legión con reclutas que eran inútiles como soldados. Violadores. Asesinos. Ladrones. La escoria. Los desechos. El detritus.

Sevatar casi se rió. —Señor, usted no es diferente. La Legión es desordenada y vil porque está moldeada a su imagen.

—No —Curze impregnaba cada sílaba con su pesar—. No, no lo entiendes. Nunca he afirmado que fuera perfecto, Sevatar. Pero me convertí en el pecador, el monstruo, el Acechante Nocturno, para que mi pueblo nunca tuviera que hacerlo. Y mira el resultado. Mira los reclutas de Nostramo, menos de una década después de mi partida. Mira la bazofia que me enviaron. Mira las heces repugnantes de humanidad a las que mis propios apotecarios han infundido con mi material genético para convertirlos en seres transhumanos. La Octava está envenenada, Sev. Generaciones de hombres que son asesinos a mi imagen, pero carentes de mi convicción. Son asesinos y agresores porque lo quieren ser, no porque alguien tenga que serlo.

—El resultado final es el mismo —dijo Sevatar—. El miedo es el arma.

—El miedo debe ser el medio para alcanzar los objetivos. Mira la sangre que mi Legión ha derramado en estos últimos años, incluso antes de que se llevara a cabo la Cruzada. El miedo se ha convertido en el objetivo en sí mismo. Es todo lo que ellos deseaban. Se alimentan de él. Mis hijos eran fuertes, por lo que sangraron a los débiles para su propia diversión. Dime capitán, donde está la nobleza en eso.

—¿Qué dónde está la nobleza? —Sevatar señaló a las calles de Nostramo Quintus alrededor de ellos—. Puede exigir una nobleza salvaje, padre, pero esto es mucho más salvaje que noble.

Lo pálidos labios de Curze se despegaron de sus dientes afilados. —No había otra manera.

—¿No? —Sevatar respondió con un gruñido a la sonrisa de su padre—. ¿De qué otras maneras lo ha intentado?

—Sevatar…

—Respóndame, padre. ¿Qué políticas de paz enseñó? ¿Qué iluminación científica y social trajo a esta sociedad? En su búsqueda de una utopía humana, ¿qué otros

caminos intentó seguir más allá de comer la carne de los perros callejeros y despellejar viva a la gente?

—Era. La. Única. Manera.

Sevatar rió de nuevo. —¿La única manera de hacer qué? ¿La única forma de dar un escarmiento a la población? Entonces, ¿cómo hicieron los otros primarcas para conseguirlo? ¿Lo lograron en cada mundo recurriendo a la matanza de niños y la difusión de sus gritos a través de la red planetaria de vox?

—Sus mundos nunca llegaron a ser tan… tan tranquilos como lo eran los míos.

—Y la tranquilidad de los suyos desapareció el primer segundo en el que les dio la espalda. Dígame otra vez cómo lo logró. Dígame otra vez cómo todo esto funcionó a la perfección.

Curze estaba sobre él en el tiempo que le llevó parpadear. La mano del Primarca envolvió su cuello, levantándolo del suelo y quitándole el aliento.

—Sobrepasas tus límites, primer capitán.

—¿Cómo puede mentirme así? —la voz de Sevatar era un gruñido estrangulado—. ¿Cómo puede mentirse a sí mismo? Estoy aquí, dentro de su mente, siendo testigo de un teatro de sus propios recuerdos. Su camino es el camino de la Octava Legión, ahora. Pero nunca ha sido la única manera. Simplemente la manera más fácil.

Curze apretó con más fuerza. —Mientes.

Sevatar entrecerró los ojos, su último aliento se le escapaba cuando Curze apretó. —Ha disfrutado de esta manera —consiguió decir el capitán—. Llegó a quererlo… como todos lo hicimos. El poder… La justicia…

Curze lo soltó. Sevatar se estrelló contra el suelo, con las juntas de la armadura gruñendo al impactar la ceramita contra el rococemento.

—Hijo de… —su voz se apagó tratando de recuperar el aliento.

—Hijo de un dios —dijo Curze suavemente—. Levántate, Sevatar. Quiero estar solo.

El primer capitán se puso de pie con su visión borrosa. —No voy a ninguna parte, señor. No sin usted.

Curze sonrió. Su hijo al menos pudo verlo. —Admiro tu tenacidad. Yo siempre la he tenido. Pero eres una sombra de lo que soy, Sevatar. Tú no puedes igualarme. Vete.

—N…

Sevatar llenó sus pulmones, notando el aire estéril brutalmente frío mientras lo aspiraba.

Trez le soltó la mano. El Primarca dormitaba ante ellos, con cicatrices de la espada del León.

Sus otros sentidos volvieron poco a poco a la vida. Percibió el tufo aséptico del Apotecarion, un olor que nunca podría ocultar del todo el de la sangre fresca. Oyó la respiración dificultosa de Trez y el latido de su viejo corazón. Oyó las sirenas.

Las…

Sevatar sintonizó de nuevo la red de vox e inmediatamente se vio asaltado por quinientas voces superpuestas entre sí. Se centró en las runas que se desplazaban por la pantalla de su retina y activó un enlace directo con la nave insignia.

—Aquí Sevatar —dijo.

—Primer capitán —no reconoció la voz, aunque con seguridad era humana. Eso significaba que podría corresponder a cualquiera de los varios cientos de tripulantes del puente. Tenía dificultad para distinguir sus voces por separado. En verdad, incluso tenía problemas para distinguir sus rostros.

—Infórmeme de todo.

—Son los Ángeles Oscuros, señor. Nos han encontrado.

VII

Anochecer

La imagen táctica hololítica parpadeó cuando los motores del *Anochecer* se pusieron a plena potencia. Después de exigir su teletransportación de nuevo a la nave insignia, a Sevatar le había llevado catorce minutos de carreras a toda

velocidad el llegar al estrategium desde la bahía principal de despliegue. Había estado tan preocupado de que la batalla hubiera terminado para cuando él llegara, que en su camino había matado a varios miembros de la tripulación que no habían sido lo suficientemente rápidos para apartarse.

Rara vez antes se había sentido tan aliviado de escuchar las alarmas de proximidad y los sonidos del auspex indicando que se acercaban enemigos. Las flotas no habían participado todavía.

Una vez que hubo llegado al puente, ajustó la pantalla táctica y ordenó que un informe acerca del estado de la nave le fuera transferido a la lente de su ojo izquierdo mientras estudiaba la situación de lo que estaba ocurriendo.

Ellos iban a perder, eso era lo que estaba sucediendo. Observó la imagen hololítica durante algunos segundos, apreciando la expansión de las fuerzas en el vacío y sus vectores de ataque proyectados.

Escuchó brevemente los gritos del almirante Yul que estaban siendo ignorados por los comandantes de la Legión, a los que técnicamente les superaba en jerarquía de mando.

—Con la dirección de la flota —ordenó Sevatar.

—Enlace directo, capitán —gritó uno de los oficiales del vox por encima del temblor del casco de la nave.

—Aquí Sevatar a toda la flota. Voy a ser claro, hermanos y hermanas. No voy a perder con esos santurrones, falsos y harapientos hijos de puta dos veces en el mismo mes. Dirigid toda la potencia de fuego contra la *Razón Invencible*. Ellos hirieron a nuestro Primarca. Devolvámosles el favor. Necesito por lo menos cincuenta naves dispuestas a quedarse durante el ataque

—Sevatar —restalló una voz afectada por la distorsión del vox—. Esto es un suicidio.

La falsa sonrisa de Sevatar apareció en sus fríos labios. —¿Supongo entonces que no puedo contar con tu apoyo para el ataque, Krukesh?

—Imposible.

—Esperaba que dijeras eso, hermano. Me ahorra el pedirte que huyeras. Coge tus compañías y desaparece en el espacio. Nos encontraremos en el punto Torus para el viaje siguiente a Terra.

—Te estaremos esperando, Sev. Que tengas suerte.

Sevatar volvió a conectarse al canal general. —Var Jahan, Naraka, Ophion, Tovac, id con él o dispersaos como os plazca.

Dos de los cuatro capitanes nombrados del Kyroptera respondieron afirmativamente. Otro no respondió en absoluto. Sólo Ophion se negó rotundamente. —Me quedaré —contestó por el vox—. Me quedo contigo, Sevatar.

—Sólo necesito cincuenta naves. El Kyroptera tiene que tenerlo claro.

Un coro de «sí, señor» y «sí, mi capitán» se filtró de nuevo desde las cubiertas de mando de las otras naves. Más de la mitad de la flota se ofreció para quedarse. No era exactamente la valentía desafiante de los Ultramarines o la disciplina inquebrantable de los Puños Imperiales, pero no era nada despreciable. Sevatar tomó nota de las runas identificadoras de las naves con un parpadeo dorado, escogidas para quedarse y cubrir la retirada.

Una de ellas le puso la piel de gallina.

—Var Jahan —dijo.

—¿Hermano? —la voz crujió de nuevo.

—Ordené al Kyroptera que se marchara. No se puede poner en riesgo al Primarca en esta lucha. Abandona la batalla con la flota de dispersión.

Sevatar esperaba una réplica del veterano, quizás otra queja acerca de la autoridad.

—Sevatar. Hay… Lord Curze se está agitando.

—¿Está despierto? ¿Puede sostenerse en pie? ¿Puede luchar?

—No.

—Entonces, no cambia nada. Envía a Valzen de vuelta al *Anochecer* antes de que des el salto. Confío en tus apotecarios para cuidar de Lord Curze. Pero necesito el mío aquí.

—Así se hará. Buena caza, Sevatar.

Sevatar volvió a mirar la imagen hololítica por la propagación de tantas naves, amigas y enemigas por igual. —Almirante Yul —dijo en voz alta.

—¿Primer capitán? —le llegó por el vox.

—¿Cuál, exactamente, es tu plan?

El almirante transmitió sus intenciones. Sevatar escuchó en silencio y asintió con la cabeza al final.

—Me gusta como suena eso —dijo—. Probablemente pongan tu nombre a esta maniobra después de esto, así que esperemos que funcione. Nadie quiere que su nombre se relacione con un desastre hilarante.

La flota de la Octava Legión se separó, un lento ballet de interés propio y desafío a partes iguales. El *Anochecer* se puso en cabeza de la *Espada en la Oscuridad*, liderando la armada para interceptar a las naves de guerra de los Ángeles Oscuros.

El resto de las naves de la Legión dio media vuelta y huyó, algunas marcharon en formación hasta el punto de salto del sistema, otras se alejaron por el vacío aumentando la distancia solamente, yendo en direcciones sólo conocidas por sus capitanes.

Sevatar alejó su mirada de la diáspora, reprimiendo un repentino y extraño sentimiento de melancolía. Esta podría ser la última vez en que la Octava Legión se reuniera en tan gran número. La idea tenía sentido táctico y era apropiada para su estilo de guerra, pero no pudo evitar un momento de pesar.

El *Anochecer* se sacudió con estruendo por el esfuerzo de sus motores.

—¿Tiempo para entablar combate? —preguntó mientras se sentaba en el trono de mando de marfil de Lord Curze.

—Seis minutos doce segundos, primer capitán. Diez. Nueve…

—Lanzad los cazas.

Un servidor cercano respondió, con tono neutro y sin parpadear, —cazas lanzados.

—Muy bien. Y abridme un canal con la Jefe de Ala Karenna.

El caza estelar de clase Ira era como un tiburón elegante, un recuerdo de una era de diseño donde los genios se inspiraban en las bestias de los mares ancestrales de Terra tanto como en las criaturas extintas de sus cielos contaminados. Éste estaba pintado con los colores de la Legión, con relámpagos cruzando el esbelto casco.

Realmente el Ira era un modelo obsoleto, raro para empezar, y cada vez más estaba siendo remplazado en las flotas imperiales por la clase Furia producido en masa. Se decía que el Furia tenía un temperamento más fino. Que se manejaba con más facilidad y que daba menos fallos. Los Furias eran el futuro, la cara moderna de la guerra. Sin rivales. Con ilimitadas posibilidades de variaciones. Sin los problemas de rendimiento de los malogrados modelos anteriores.

Y sin alma. Al menos para Taye.

Volar era más que una interacción estéril con máquinas. Podía aventajar y derrotar a un Furia con su lento y antiguo Ira cualquier noche. Lo había hecho bastantes veces ya.

Tan pronto como las sirenas comenzaron a sonar, Taye había corrió a toda velocidad para los preparativos, pasando por los rituales de entrega del equipamiento con su habitual falta de paciencia. Se había abrochado y sellado su traje de presión, aguantando las comprobaciones y recomprobaciones de los servidores de su soporte de apoyo vital y las conexiones de la interfaz de la columna vertebral.

—¿Quién está en alerta cinco? —preguntó su artillero, Vensent.

—Los Máscaras Pálidas. Ya estarán en el vacío —el corto pelo negro de Taye la salvaba de tener que ocuparse de ningún tipo de molestia adicional; cogió el casco de vuelo que le ofrecía el servidor y limpiamente lo dejó caer sobre su cabeza. Ella ya se estaba abrochando su máscara respiradora, lista para encajarla en su lugar.

—Date prisa —le espetó.

Vensent compartió una mirada con el navegador, Kyven, que era igualmente lento en equiparse. —El lento y seguro se lleva el premio —respondió Vensent.

—El lento y seguro se lleva una mierda. Date prisa.

—Conexión espinal —murmuró un servidor—, función óptima —el esclavo lobotomizado retiró sus conexiones de la columna vertebral de Taye. Ella hizo una mueca como siempre hacía. Menos de un minuto después, estaban marchando con el resto de su ala, corriendo por la cubierta de lanzamiento hacia sus cazas preparados.

Los sonidos de las sirenas sonaban por encima de ellos casi ahogados por el creciente zumbido de los impulsores de lanzamiento y por los gritos de los varios cientos de tripulantes de cubierta. Gestionar un ala de cazas requería de mucha coordinación y el *Anochecer* disponía de varias para entrar en el aire al mismo tiempo.

El supervisor de la cubierta era un hombre casi calvo, más augmético que humano después de cuatro décadas de servicio. Hizo un ruido sordo sobre su pierna biónica larguirucha.

—Jefe de Ala —la saludó; sabía lo que iba a preguntar—. *Saevio* y *Aetus* todavía están amarrados. *Relinquo* está listo para saltar al vacío.

Ella sonrió, le dio una palmada sobre un conglomerado de engranajes augméticos situados en su hombro, y ya estaba corriendo otra vez. Veintidós de sus veinticuatro cazas estaban a punto para salir rumbo al espacio. Y eso haremos, pensó. Y lo vamos a hacer muy bien.

Taye fue la primera en subir la escalera, golpeando sobre el asiento de sujeción al dejarse caer y ajustando sus tomas espinales a los puertos del interfaz en el respaldo del asiento. Golpeó con los nudillos en el lateral del casco, dos veces para tener suerte, antes de instalarse cómodamente. La conexión se produjo con varios clics insidiosos cuando las agujas se deslizaron a su columna vertebral.

—Estoy —dijo. Taye no esperó a los demás y empezó a pulsar interruptores y deslizar palancas a la vez. El Ira comenzó a temblar cuando volvió a respirar de nuevo.

Kyven gruñó mientras se acoplaba en su asiento, espalda con espalda con el de ella. —Estoy —dijo, y Taye escuchó el sonido y la vibración de sus sistemas al entrar en funcionamiento, reconociendo su biohuella en la silla. También le oyó golpear con el puño enguantado contra la pantalla del auspex de largo alcance.

—Maldito trasto —gruñó—. Dijeron que por fin lo habían arreglado.

Taye sonrió y no dijo nada. Vensent estaba metiéndose en su asiento justo debajo de ella y en la nariz del caza. Su propia fila de monitores y controles rivalizaban con los de Kyven, aunque bastante inferiores en número a los suyos. Ella lo vio inclinarse hacia atrás y tensarse al conectarse.

—Estoy —suspiró. Se estiró hacia adelante cerrando sus manos alrededor de las palancas de control.

Los siervos de cubierta bajaron el cristal polarizado de la cabina y lo sellaron en los preparativos finales. Oyó a Kyven golpear con los nudillos en el casco y a Vensent hacer lo mismo.

—Jefe de Ala Karenna —dijo tras su máscara respiradora—. El *Vespera* listo para su lanzamiento.

La plataforma elevadora dio una fuerte sacudida, comenzando su dolorosamente lento proceso de situarles en posición.

—Taye —una voz baja y tranquila resonó a través del vox de la cabina.

—Primer capitán.

—La carga de los datos tácticos ya está en marcha, pero necesito que seas consciente de una cosa en particular, ya que preferiría que sobrevivieras la próxima hora.

—Dígame señor.

—Sólo estate preparada para realizar un aterrizaje repentino, Jefe de Ala. Asegúrate de que tus jefes de escuadrón también sean conscientes de esta necesidad. El plan del Almirante de la Flota Yul requerirá de una cierta velocidad de reacción de cada uno fuera de los cruceros principales.

—Gracias por la advertencia, señor.

Sevatar no respondió. La conexión ya estaba cerrada.

—Él me gusta —dijo Taye mientras eran elevados a la posición de despegue. Las luces de cubierta brillaban a ambos lados. El caza se estremeció al ser asegurado en su lugar.

—En posición —dijo Kyven—. Estamos listos. Presión de cilindros óptima, catapulta preparada. Todas las señales son correctas para el despegue —hizo una pausa por un momento rompiendo la relativa tranquilidad de la cabina del piloto murmurando una observación—. No sólo a ti. Nos gusta a todos nosotros.

—A él no le gusta nadie —dijo Vensent por encima del hombro—. Nos tiene y somos útiles para él. Hay una gran diferencia.

Sevatar observaba la armada que se acercaba, aún muy lejana para la confirmación visual pero brillando en la imagen táctica hololítica. Las direcciones de control de disparo, actualizadas cada pocos segundos, se pasaban entre todas las naves de la flota, y posteriormente a sus naves de escolta y a los escuadrones de cazas. Las formaciones estaban todavía dispersas mientras la flota aceleraba para encontrarse con los Ángeles Oscuros, pero podía ver que se iban agrupando poco a poco.

Tenían que ganar más tiempo. Si los Ángeles Oscuros no se desaceleraban, estarían sobre la flota en retirada en cuestión de minutos.

Una runa en la pantalla todavía le preocupaba. Ser superados en número de ocho a uno no era el problema. Si el plan de Yul funcionaba, habían infringido el máximo daño con pérdidas mínimas, y si no funciona, la mayoría de la flota de la Octava Legión ya se habría marchado de todos modos. El misterio de cómo el León estaba logrando saltar toda su armada con tal unidad sin igual era un asunto a considerar con tranquilidad, pero difícilmente era una cuestión que Sevatar pudiera tratar en este momento.

No, el problema era una única runa, de una de sus propias naves, todavía vacilante en la pantalla, mientras que el resto de las naves de guerra que huían desaparecían al entrar en la disformidad y escapar. Primero la runa se había mantenido en la formación con las naves que se iban. Luego, se detuvo. Parada en el espacio y rodeada de sus fragatas secundarias y de los cazas de escolta.

Sevatar se volvió hacia el Señor del Vox, con las ropas oscuras de un siervo de la Legión. —Contacta con ellos —dijo, haciendo un gesto hacia la runa parpadeante.

El esclavo golpeó su consola con los dedos mecánicos borrosos por la velocidad. —Hecho, señor.

—Aquí el *Anochecer*. *Excoriator*, informe. ¿Por qué habéis parado los motores?

Los segundos pasaron. —No responden, señor —dijo el Señor del Vox.

—Gracias —se burló Sevatar—. Puedo notarlo yo mismo. Var Jahan, ¿me escuchas?

De nuevo el silencio fue la respuesta. Sevatar pasó su dedo pulgar por el cuello, ordenando el fin de la comunicación. Tenía la sensación de que él sabía lo que había causado que el *Excoriator* se detuviese, y la idea no era agradable.

El estrategium del *Anochecer* bullía con los esclavos, los siervos y los servidores realizando sus tareas, la emoción manaba de sus pieles con el hedor del sudor. La tensión era palpable, algo que Sevatar casi podía saborear. El entrenamiento y la experiencia les protegía de la clase de miedo que se sentiría como un hormigueo en la lengua, pero la expectación todavía cortaba la respiración colectiva. Cientos de corazones, y sustitutos de precisión y cromo simulando órganos vitales, se fundían en algo casi operístico.

—¿Tiempo hasta el alcance máximo de las armas?

—Veintinueve segundos, capitán.

—Todos atentos al fuego entrante. Dañad a toda nave con la que nos crucemos, pero estad preparados para la nave insignia. Lo quiero todo, todo, dirigido al *Razón Invencible* cuando le pasemos. Destruidla y podremos abandonar Thramas con la cabeza bien alta.

Una brutalidad desesperada hacía ignorar a ambos bandos todas las convenciones de la guerra en el vacío. El *Anochecer* y el *Razón Invencible* se lanzaron a través del espacio para alcanzarse unos a otros, abandonando sus fuerzas como las plataformas de armas de largo alcance en favor de una lucha entre ambos cara a cara. Las batallas imperiales en el vacío se solían desarrollar a distancias impresionantes, con las matemáticas y la logística como algo tan vital como lo era el instinto de un capitán.

El *Anochecer* se abrió paso entre la flota contraria, con sus escudos puestos a prueba en remolinos de luz iridiscente bajo la embestida. Disparó una andanada al *Estrella de la Primera Legión*, dispersó a los cruceros de escolta y destruyó en su camino a través de las naves de vanguardia para sumergirse en el corazón de la flota enemiga. Las naves de guerra de la Octava Legión rugieron en su persecución,

avanzando por el agujero en la formación enemiga realizado por su dañada nave insignia.

La rabia echaba a perder toda necesidad de sutileza y tacto. Las dos naves insignias, entre las creaciones más grandes y más fuertemente armadas jamás realizadas por el genio colectivo de la raza humana, se atacaban cada vez más cerca sin tener en cuenta a sus naves de apoyo.

Sevatar observaba la propagación de las pantallas oculares, cada una animada con una imagen de las naves agonizantes en la oscuridad; el negro acero haciéndose pedazos y desapareciendo en el vacío como fuego fantasma. Los sensibles ojos nostramanos se cerraron en una mueca de dolor cuando una de las pantallas mostró a la nave de guerra *Tenebor* morir bajo los cañones de siete cruceros de los Ángeles Oscuros. Sus restos de proa, todavía sangrando escombros y tripulación, atravesaron la parte posterior del *Motivo de Orgullo*, prendiendo los motores de disformidad de la nave de los Ángeles Oscuros y destruyéndola en un resplandor de luz sucia.

Las cincuenta naves de los Amos de la Noche se abalanzaron con rumbo recto y preciso, sin desviarse en ningún momento. Los cruceros de los Ángeles Oscuros se inclinaron y viraron para evitar colisiones, las naves de guerra pesadas balanceándose con gracia torpe y los destructores más pequeños acelerando a un lado, aparentemente sin esfuerzo.

Sevatar mantuvo el gesto de dolor, tratando de concentrarse en el brillo de todas las naves destruidas, o incluso en los flujos dañinos a los ojos del fuego masivo de las lanzas. El vacío que rodeaba la formación de la Octava Legión estaba envuelto con los disparos rabiosos de trescientas soluciones de tiro. Nave tras nave se disolvía bajo el fuego de la Primera Legión, con sus cascos acribillados por las baterías láser y abiertos en rodajas por las lanzas.

Una voz chirrió sobre la trémula cubierta susurrando una sola palabra. —*Anochecer* —podría haber habido más, pero la estática se tragó todo rastro.

Sevatar conocía la voz. Su mirada se desvió hacia la pantalla correspondiente, justo a tiempo para ver la *Espada en la Oscuridad* rodeada y machacada por una tormenta de destructores de los Ángeles Oscuros.

Vamos a necesitar un nuevo almirante de la flota, pensó con una sonrisa. Otra nave de los Ángeles Oscuros pasaba por el lado de babor del *Anochecer*. Ésta estaba lo suficientemente cerca como para golpearles con ondas de choque y varias pantallas oculares se pusieron en blanco por la distorsión.

Las luces hicieron más que dañarle los ojos. El dolor ácido danzaba a lo largo de los nervios de la parte trasera de su cráneo, moviéndose rápidamente hacia la parte delantera. Se limpió la boca con el dorso de su guantelete, la repentina hemorragia apenas se distinguía contra el rojo de su guante. *Precisamente ahora. Típico.*

En la pantalla ocular principal apareció a la vista la inmensa mole del *Razón Invencible*, llena de cicatrices y quemada por los propios ataques de lanza de la Octava Legión. Sevatar casi podía imaginarse los zumbidos insectiles de sus escuadrones de cazas alrededor de la nave insignia enemiga, grandes como pulgas en un perro sarnoso.

—En el momento en que lleguemos a través… —dijo, y ahí se quedó.

—¿Capitán? —lo llamó uno de los oficiales del puente.

Sevatar estaba sin aliento mirando a una de las pantallas llenas de estática. Una imagen débil apareció, la de una nave que debería estar en cualquier sitio menos ahí.

—Esto —dijo Sevatar sin dirigirse a nadie en particular—, no terminará bien.

—¡Sal de aquí! —gritó Kyven.

—Unos pocos segundos más —siseó Taye. Ella disparó, la energía fluyó desde los cañones láser colgantes partiendo las alas de un Furia.

—¡Sal! —gritó Kyven de nuevo.

Taye tiró de sus palancas de control realizando un picado en espiral, los motores del *Vespera* dieron un rugido draconiano cuando el caza se esforzó en obedecer. Tiras de fuego láser pasaron junto a ellos, lo suficientemente cerca como para dejar imágenes residuales bailando en los ojos de Taye.

—Todavía nos persigue —dijo Kyven.

Taye soltó una maldición nostramana a través de su respirador mientras salía del picado demasiado rápido y de forma brusca, inclinándose a la derecha en un arco brutal. Los amortiguadores de inercia tiraron con la fuerza suficiente como para empujar sus cascos contra los lados de sus asientos de sujeción.

Fue entonces cuando vio al *Excoriator*. Mareada, con el sabor de la sangre en su lengua, tiró de todo lo que tenía para alejarse de la marea de hierro oscuro que se aproximaba.

La nave de guerra incendiada pasó delante de ellos, lo suficientemente grande y lo suficientemente cerca como para hacerla temblar, eclipsando por completo el resto de la batalla con su casco almenado en llamas. El combate aéreo de vértigo en el que había estado involucrada simplemente dejó de existir. La nave de los Amos de la Noche golpeaba indiscriminadamente a través del espacio, demasiado grande para preocuparse por los juegos de las moscas de acero alrededor de su piel.

El auricular de Taye se llenó de estática al perder el contacto con su compañero de ala. Sabía sin ningún género de duda que su caza, *Relinquo*, era una mancha en los ondulantes escudos de vacío del *Excoriator*. Las voces gritaban, con dolor, con miedo, con frustración, todas exigiendo lo mismo. ¿Qué hacemos? ¿Qué hacemos? ¿Qué hacemos?

Taye necesitaba escupir, pero quitarse el respirador era apenas una opción. Tragó el espeso y cobrizo limo en que se había convertido su saliva y se reclinó en su asiento, sangrando energía de los estabilizadores de vuelta a los motores.

—Quien diablos esté todavía vivo, que me siga.

La voz de Kyven se coló por detrás de ella, con sus palabras fuera de la red vox. —Acabamos de perder la mitad de la escuadra y sólo cuatro de los Máscaras aparecen en mi auspex.

—Todavía estamos aquí —el *Vespera* dio un suave tirón cuando Taye lo llevó de nuevo a velocidad de ataque. El *Anochecer* apareció delante, salvajemente dañado y todavía absorbiendo más impactos de la artillería enemiga—. Y aún tenemos una nave insignia que defender.

El *Excoriator* no prestaba atención ni a amigos ni a enemigos. Las naves de la Octava Legión que demandaban que se incorporase a la formación fueron tan

ignoradas como los cruceros de los Ángeles Oscuros que lo machacaban con disparos.

Sevatar lo veía desplazarse, herido hasta el punto de que se mantenía unido por nada más que fuerza de voluntad. Se dio cuenta de que su trayectoria ni siquiera iba dirigida a embestir a una de las naves enemigas. Estaba sólo… muriéndose. Un interminable y falto de gracia buceo a través de la flota enemiga, rompiendo la formación de la Octava Legión y poniendo una espada en la garganta del primer y último plan del difunto almirante Yul como comandante en el vacío.

Sevatar suspiró. A pesar de los temblores y el traqueteo del estrategium, se sentó tranquilamente en el trono del Primarca y apoyó la mejilla en sus nudillos enguantadas. Una pena, la verdad. Había sido un buen plan.

Se limpió la sangre de la cara de nuevo, esta vez de su mandíbula, por debajo de la oreja. Muy molesto.

El vox del puente siseó volviendo a la vida con varias salidas en falso. —Sevatar — dijo una voz distorsionadamente profunda, desnuda de cualquier emoción.

—Bienvenido de nuevo, padre.

—Podemos terminar con esto ahora. Únete a mí.

—Déjeme adivinar —respondió Sevatar—. Va a teletransportarse al *Razón Invencible*, ¿no es así?

—Tengo una lucha que terminar.

—Sí —dijo Sevatar echando mano a su lanza—. Por supuesto que sí. ¿No importa que en un puñado de minutos podamos perforar la retaguardia de los Ángeles y saltar a la disformidad?

La respuesta tardó varios segundos en llegar, precedida por los gritos apagados de humanos muriendo a bordo de una nave en llamas. —Ven conmigo y trae al Atramentar. Termina esto a mi lado.

Sevatar miró hacia el puente, elevado por encima de la tripulación en un estrado. Los oficiales y los siervos habían dejado de trabajar frenéticamente en sus puestos o abajo en la cubierta; con golpes severos en la cabeza y perdiendo sangre, estaban mirando hacia él con las expresiones perdidas. *Perros estúpidos.*

—¿Es una orden, señor? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta y fue a coger su casco.

—Tú sabes lo que es —la conexión se cortó con otro ruido de estática.

—Esta es la razón por la que los imperiales siempre ganan —Sevatar reflexionó en voz alta—. Ellos no se meten en el camino del otro. La disciplina puede ser aburrida, pero tiene una aplicación militar innegable. ¿Cuánto tiempo hasta que podamos lanzar las cápsulas de abordaje?

—Estaremos perpendiculares al *Razón Invencible* en poco menos de diez minutos.

Diez minutos. Todos los Amos de la Noche en la nave insignia estarían ya en sus puestos de combate dispuestos a repeler a los asaltantes. El Atramentar estaría a tiro de piedra de sus cámaras de teletransportación, y los que no estuvieran cerca, al menos lo estarían de una bahía de lanzamiento de cápsulas de abordaje.

Sevatar se levantó del trono, echó un vistazo momentáneamente a la cascada interminable de runas nostramanas que arrojaba el informe de daños y salió del puente con una sola orden final a la tripulación.

—Puede que esté ausente un tiempo —dijo—. Intentad conseguir que mi nave no sea destruida.

VIII

Batalla no deseada

Las naves estaban ahora de través. Podía sentirlo, sin necesidad de verlo, simplemente por los característicos temblores del *Anochecer*. Los fuegos de las lanzas no hacían crujir las cubiertas por los impactos de la misma manera que lo hacían las baterías de láseres. Cada temblor tenía su propia huella. Éstas eran las vibraciones provocadas por andanadas congregadas contra el acero sin blindaje, la guerra en el vacío equivalía a un tirón para acercar a la presa para después apuñalarla en las costillas.

Si es que alguna vez sobrevivía a esto, el *Anochecer* necesitaría permanecer inactivo durante una eternidad. Más les valdría encargar una nueva nave insignia; Sevatar suponía que estaría terminada mucho antes que si intentaran la reparación de los daños. Podía oler el humo de la maquinaria agonizante alrededor; el hedor químico de los cables quemados y el metal fundido. La gente gritaba en las cubiertas superiores e inferiores.

El primer capitán recorría los temblorosos pasillos inmersos en la oscuridad tan común de las naves de la Octava Legión. Los miembros de la tripulación pasaban a su lado con sistemas de iluminación y visores ópticos para penetrar en la oscuridad, dándole un gran rodeo. No les prestó atención, tenía la vaga sensación de que lo odiaban, pero no estaba seguro de por qué y no podía convencerles de lo contrario. De cualquier manera, su odio o su respeto nunca habían supuesto ninguna diferencia en su coexistencia. Ellos obedecían cuando él quería que lo hicieran. El resto del tiempo se apresuraban a quitarse de su camino cada vez que lo veían. El equilibrio perfecto.

Mientras corría, iba impartiendo un flujo constante de órdenes a través del vox, coordinando al Atramentar en primer lugar y a sus capitanes después. De las nueve compañías ubicadas en el *Anochecer*, sólo arriesgaría una. La suya propia. El Atramentar iría con él, y las demás, a pesar de las protestas de sus capitanes, permanecerían a bordo del *Anochecer* y se dirigirían hacia Terra.

Sevatar no se hacía ilusiones de que regresarían tras este asalto y no tenía ninguna intención de arrastrar a miles de guerreros hacia una muerte segura e innecesaria. Dejaría que vivieran sus vidas para sus propios fines, en la búsqueda de más muertes con sentido.

Seguía corriendo cuando los líderes de escuadra del Atramentar comenzaron a informar del encendido de la señal luminosa de teletransportación. Cada informe terminaba con un adepto del Mechanicum añadiendo un monótono: —proceso de translocación completo.

La nave dio otra sacudida, esta vez lo suficientemente fuerte como para lanzar a varios tripulantes a sus pies. Uno de ellos, una mujer con un mono de técnico, se abrió la cabeza sobre la cubierta al caer. Sevatar los saltó a todos en su carrera, oliendo la sangre de sus heridas.

El siguiente temblor era el eco de otro anterior. La poca luz existente en el *Anochecer* parpadeó y se apagó durante varios segundos. No importaba, sus lentes le mostraban todo en blanco y negro, y además ya casi estaba en la plataforma de translocación más cercana.

Un sonido le hizo detenerse de golpe. Un largo gemido quejumbroso de protesta del metal, como el lastimero canto de una ballena al ser arponeada por los cazadores. Las luces volvieron a apagarse, sumiéndolo en la familiar oscuridad absoluta.

—Reactor muerto —el vox zumbaba—. Reactor muerto. Reactor muerto.

Agarrando su alabarda sierra comenzó a correr de nuevo, los sistemas de su armadura respondieron a una orden suya mediante la apertura de un canal automático hacia el puente.

—Informen —transmitió por el vox.

—Estamos muertos en el espacio capitán, pero el impulso nos está llevando hacia delante. La mitad de las torretas están desactivadas, los hangares están abiertos y bloqueados, las matrices de lanza primaria y secundaria permanecen mudas, y la mayoría de los contenedores de torpedos no responden. Las almenas centrales siguen disparando de los generadores de reserva. El soporte vital y la gravedad artificial aún se están alimentando de sus secundarios, pero los escudos de vacío se han caído para siempre.

—¿Navegación?

—Muerta. Las vías a las reservas de potencia secundaria están cortadas.

Su sangre fluía fría. Más fría al menos de lo habitual. —¿Cápsulas de abordaje?

—No pueden ser lanzadas, capitán.

—¿Teletransportación?

—Muerta.

Sevatar patinó hasta detenerse, respirando a través de sus dientes cerrados. Era el único miembro de la primera compañía atrapado en la destrozada nave insignia.

Los demás ya estaban a bordo del *Razón Invencible*, luchando por sus vidas y matando Ángeles Oscuros al lado del Primarca.

—No les abandonaré —susurró.

—¿Capitán? ¿Qué…

Cortó la conexión con el puente y comenzó a correr de nuevo. Esta vez descendió a través de la nave, desplazándose por corredores bloqueados por escombros y por pasillos llenos de humo y fuego. La tripulación muerta yacía en todas partes a las que miraba.

—Taye —llamó por el vox—. Taye, escúchame.

—Ahí está.

—Lo veo —Taye volaba entre dos torres en la columna vertebral del *Anochecer*, acercándose al Corsario al que estaba persiguiendo. Las almenas pasaban borrosas por debajo, pero no se arriesgaba a disparar. Había suficiente poder de fuego golpeando a la incendiada nave insignia y ella no iba a añadir más con una errada descarga de sus cañones láser.

Al mismo tiempo, la runa nostramana curvada indicativa de niveles críticos parpadeaba en su pantalla. Necesitaba aterrizar y reabastecerse. Los contenedores de misiles del *Vespera* se habían vaciado menos de un minuto después de que el caza saliera del hangar.

—Déjalo ir —le advirtió Kyvan.

—Ni en sueños —ella lo persiguió con más ahínco, más rápido, volando entre otras dos torres blindadas—. Ya casi lo tenemos.

El Corsario era una cosa fea, un buitre alado con un culo gordo, una bestia de grandes espaldas cuyo aspecto nunca había agradado a Taye. Éste no se iba a ir a casa de rositas, de eso estaba segura.

Vacío, vacío, vacío, sus bastidores de misiles se quejaban una y otra vez. Tenía sus cañones, pero…

—Vensent —suspiró—. Voy a pasarle rápidamente por encima una vez que rebase las torres Travius. Machácale el lomo cuando lo haga.

—Dalo por hecho —movió su asiento giratorio y pivotante de nuevo hacia delante alineando su torreta—. Puedo destruirlo ahora.

—Sus restos impactarían contra la superestructura —dijo Taye con los dientes apretados y los ojos entrecerrados por el esfuerzo. El sudor le bañaba la espalda, provocándola picores en los conectores de la columna. Las torretas debajo de ellos lanzaban andanadas láser al vacío, algunas dirigidas contras las naves de ataque enemigas y otras provocando heridas insignificantes en la piel del *Razón Invencible*.

Taye se arriesgó a mirar hacia arriba, viendo el casco negro mate de la nave insignia enemiga llenando el techo de su cabina. Ni todo su entrenamiento podría impedir un momento de desorientación, por lo que parpadeó y se reorientó hacia su presa que seguía delante.

—Bombas de plasma —avisó Vensent. Taye pudo ver las detonaciones apareciendo a lo largo de la columna vertebral del *Anochecer* cuando la carga explosiva del bombardero comenzó a caer. El *Vespera* estaba subiendo, ya casi por encima del Corsario, y todavía tenía que avanzar zigzagueando en torno a los disparos de fuego láser de la tripulación frenética del bombardero.

—¡Destrúyelo ya!

Vensent disparó e impactó en el centro del Corsario partiéndolo por la mitad. La mitad delantera, con sus alas encorvadas, cayó en picado sobre una de las dos torres Travius, aplastando las defensas antiaéreas en las almenas del chapitel. Los motores voluminosos del bombardero se alejaron en el vacío.

—Tenemos problemas —dijo Kyvan a través del vox—. Otro Furia nos persigue. Creo que están molestos por los ocho Corsarios que hemos destruido.

—Puedo perderlo.

—Aléjate de la maldita nave. Tenemos que retirarnos.

No se molestó en contestar. Los escudos del *Anochecer* estaban caídos y los bombarderos enemigos zumbaban a su alrededor como moscas sobre un dulce, escupiendo bombas de plasma en los puntos débiles estructurales de la nave insignia. Ella no iba a ir a ninguna parte.

—Taye —su vox chasqueó. La voz se mezclaba con un ruido de sirenas de fondo—. Taye, escúchame.

—¿Primer capitán?

Sevatar repitió su nombre y le dio una orden que ella no entendió.

—Yo… yo no… Por favor, repita esa orden, señor.

—He dicho que aterrices tu caza. Inmediatamente.

Sevatar les estaba esperando con su armadura llena de marcas de quemaduras y con su alabarda sierra en la mano. La calma en el ojo de la tormenta; a su alrededor, el caos del hangar persistía, con los siervos extinguiendo incendios, los escombros estrellándose desde el techo y las luces ámbar intermitentes indicando una amenaza de despresurización.

Observaba al caza Ira acercarse a gran velocidad, la mayor parte de su casco descolorido hasta el gris plomizo de la parte inferior y sacudido por los guijarros de escombros que siempre llenan el espacio entre las naves de guerra luchando.

Vespera, se llamaba. Sí, eso era.

El caza activó los retropropulsores situados debajo de sus alas y entre los cañones láser acoplados en la nariz. La fuerza de su empuje provocó un estruendo en el hangar más agudo que el chillido de un cóndor. El ojo izquierdo de Sevatar se contrajo una vez, antes de que los sentidos auditivos de su casco se ajustaran para compensarlo.

Taye no hizo uso de la pista para aterrizar, detuvo todo su empuje con ráfagas sincronizadas de sus retros y descendió el caza en una espiral cerrada. Sevatar se estaba moviendo en el momento en el que el tren de aterrizaje crujió sobre la cubierta. Saltó y agarró el borde de una de las alas de aleta de tiburón peinada hacia atrás, y se irguió con una mano.

—En marcha —dijo por el vox.

No hubo respuesta, y un vistazo a la cabina del piloto le mostró a Kyven mirándole fijamente con los ojos abiertos desde el asiento orientado hacia atrás, con Taye encorvada en su asiento tratando de ver lo que estaba pasando. Los oía respirar a través del vox.

—Usted… usted no puede estar hablando en serio —dijo ella en voz baja.

Sevatar avanzó a lo largo del lomo del caza y bloqueó magnéticamente sus botas sobre la piel oscura del Ira pocos metros detrás de la cabina. Sacudió la cabeza al ver la expresión estúpida de shock del navegador.

—He dicho en marcha.

Colgó la lanza a su espalda, se agachó y dio tres golpes hasta abrir un hueco profundo en el casco del caza, al menos lo suficiente para agarrarse al borde.

El caza vibraba bajo sus botas al volver a la vida de nuevo.

—Sevatar, esto es una locura.

Él movió sus ojos negros detrás de las lentes rojas, cansado de escuchar esas palabras una vez más. A veces se preguntaba si «deber» era sólo una palabra para otras personas y que nunca habían comprendido realmente su significado.

Sin una catapulta de lanzamiento, el caza despegó lentamente, deslizándose fuera de la cubierta hacia las amplias fauces en dirección al vacío. Las almenas del castillo de la nave insignia enemiga se encontraban, tentadoramente cerca, pero increíblemente lejos.

—Llévame al *Razón Invencible* —dijo por el vox—. Mis hombres están luchando a bordo, y yo moriría antes de enviarles a una batalla a la que no me uniera yo mismo.

Podía percibir una sonrisa en sus palabras, una sonrisa que se había abierto camino entre su incredulidad. —Se está tomando el juramento de hermandad de la primera compañía demasiado en serio —dijo ella.

Sevatar no respondió. Él era Atramentar. Sus hermanos eran Atramentar. No había nada que decir.

Kyvan se pasó los siguientes tres minutos mirando directamente a la figura agachada a pocos metros de distancia del primer capitán de la Octava Legión. La cresta del casco de Sevatar permanecía fija delante de ellos y la placa frontal pintada con el cráneo tenía la mirada fija al frente, a la nave de guerra de los Ángeles Oscuros. Kyvan se preguntaba qué expresión habría detrás de las rojas lentes sesgadas.

Taye por su parte exprimía del *Vespera* todo lo que podía dar de si, forzando los motores peligrosamente calientes, realizando espirales y toneles para sacarse de encima a los Furias negros que trataron de pegarse a ella. Era muy consciente de la fuerza G que su *pasajero* estaría sufriendo, pero tenía que mantener los motores al límite para la máxima maniobrabilidad.

Al aproximarse al *Razón Invencible*, Taye inclinó el caza para deslizarse por el lado del casco, volando entre las torres almenadas.

—¿Dónde quiere que vaya?

—Cerca del puente —la voz de Sevatar a través del vox tenía toda la calidez del aullido de un lobo.

Cerca del puente los pondría al alcance de un centenar o más de torretas defensivas. Taye maldijo en voz baja.

—Cuida tu lenguaje, Jefe de Ala.

Ella aceleró los motores al máximo y cambió la conexión al enlace general del escuadrón. —*Peritus* y *Electus*, situaros a mi lado de inmediato.

—Entendido, comandante.

—En camino, señora.

Taye se abalanzó más cerca del casco, lo bastante cerca como para perder un ala si giraba. Su corazón mantuvo el ritmo como siempre lo había hecho cada vez que había tomado parte en los más insensatos ataques durante su carrera militar.

IX

El Príncipe de los Cuervos

Tuvo que admitir, aunque sólo fuera para sí mismo, que se trataba de una de sus ideas menos inteligentes. Ninguna cantidad de mejora biológica, ni siquiera la servoarmadura Maximus, le podrían proteger de las fuerzas gravitacionales

presionando contra él. Sintió náuseas por primera vez en más de un siglo, lo cual fue lo suficientemente novedoso como para hacerle sonreír.

Sin embargo, la presión contra su cráneo y extremidades era menos agradable. Los cables supensorios de presión de los trajes de vuelo usados por Taye y su equipo compartían algunas funciones básicas con una de las capas de su propia armadura de ceramita, pero no le hacían inmune físicamente. Habiendo despellejado vivos a innumerables seres humanos, así como a guerreros de cinco legiones diferentes, incluida la suya propia, suponía que la sensación de las fuerzas inerciales que amenazaban con arrancarle los huesos era bastante parecida en la percepción del dolor.

Haces fríos de láser se cruzaban en su visión, cada uno una rápida lanza que desafiaba los intentos de sus lentes de atenuar y contrarrestar el brillo. El caza de Taye se tambaleó y vibró por debajo de él; podía sentirla sacando el mejor rendimiento al Ira sin zarandearlo, perderlo o matarlo con cualquier maniobra violenta. Aun así, mientras las torres negras pasaban a ambos lados y las almenas por debajo se convertían en una visión borrosa, las náuseas se acrecentaron y estuvo cerca de maldecir la idea como una jugada temeraria.

Pero entonces, eso sería admitir que se había equivocado. Sevatar resopló ante la idea porque no podía permitirse eso ahora.

Las estrellas caían a través del cielo mientras Taye continuaba volando. Una concesión de Sevatar a la locura de su plan fue la de gruñir una vez, silenciosamente, con la cabeza dolorida por los desagradables mareos. Eso también era una novedad. Sus implantes genéticos le habían hecho casi inmune a la desorientación durante las últimas décadas.

Sintió a Taye disminuir la velocidad, zigzagueando y girando para esquivar la tormenta de fuego procedente de las torretas de abajo. Sabía que ella nunca sería capaz de pararse en seco, pero la desaceleración adecuada para disminuir su impulso sería más que suficiente. Unas pocas contusiones y fracturas de huesos serían más fáciles de soportar que ser hecho papilla contra el blindaje del *Razón Invencible*.

Pero su maniobra le llevaba sobre las fortalezas de la columna vertebral de la nave, a través de la proa, y finalmente se dio cuenta de lo que ella estaba haciendo.

—Esto es aún más estúpido que mi idea —la dijo por el vox.

Su voz era tensa, con su atención puesta en todas partes menos en él. —Su plan hará que se vea arrastrado por el casco. A mi manera, llegará a ser un héroe.

El caza se internó en la bahía de aterrizaje con los retros activados para reducir la velocidad. Los servidores de la tripulación inmediatamente se irguieron, con los ojos sin vida y reenfocando sus lentes oculares siguiendo a la nave que se aproximaba. Marcas de quemaduras oscurecían el casco donde antes había pintura, y sus insignias igualmente se veían chamuscadas dentro del difuso paisaje.

El oficial de armamento más cercano era un hombre llamado Halles Korevi y estaba dirigiendo un equipo de carga para rearmar al último de un flujo interminable de cazas aterrizando y redistribuyéndose, cuando dio un bandazo sobre la cubierta y le hizo trizas con una salva de rugiente energía azul de sus cañones láser. Equipos armados internos se desplegaron ante el Ira a la deriva y descargaron sobre ella andanadas de cañonazos, aunque tenían pocas esperanzas de alcanzar un blanco en movimiento.

Una figura acorazada se levantó del lomo del caza con un bólter en una mano y una alabarda en la otra. Disparó hacia abajo mientras corría a lo largo del ala curvada, cuatro disparos de bolt estallaron en el pecho de cuatro soldados, esparciendo sus vísceras sobre sus compañeros. Varios disparos impactaron contra su armadura de ceramita azul medianoche, dejando rasguños plateados imperceptibles sobre su oscura superficie. Llegó al final del ala y saltó lejos de la nave.

Los motores del caza gimieron más fuerte, disparando a la vez sus cañones izquierdos del ala. Con un estallido del motor, ella abandonó el hangar, dejando sólo el eco sónico y el tufo alcalino de las descargas de los cañones láser a su estela.

La figura aterrizó en cuclillas, dejando bajo sus botas dos abolladuras gemelas en la cubierta de hierro. Con la alabarda en alto, la hoja serrada de un metro de longitud comenzó a mascar el aire frío del hangar. Los soldados se pusieron a cubierto y siguieron disparando a pesar de no haber sido entrenados para enfrentarse a un guerrero de las Legiones Astartes, lo cual decía mucho a su favor.

Sevatar se sacudió dos veces, estremeciéndose cuando el fuego antiaéreo desplegado impactó contra su armadura. Bastardos irritantes. Las advertencias de la retina aparecieron y se cruzaron en su visión, y los autosentidos de su armadura tiraron

de su brazo izquierdo, tratando de elevar su bólter para disparar a los humanos a cubierto. Fijó el bólter a su muslo poniéndose a la vez de pie y empezó a correr, no hacia ellos, sino hacia las enormes puertas abiertas que conducían al interior de la nave. La tentación de perder un poco más de tiempo y desmembrarles era casi demasiado fuerte como para apartarla.

—Tienes que mantenerte con vida —gruñó, haciendo caso omiso del continuo fuego—. *Tengo una presa más grande*. Mientras se sumergía en los pasillos iluminados por las sirenas que formaban las venas huecas del *Razón Invencible*, se conectó al vox de la red de la primera compañía, una vez salvado el bloqueo impuesto por la distancia.

—Señoras —les saludó sin dejar de correr.

—¿Dónde demonios has estado? —contestó una primera voz. Varias más se le unieron compartiendo la misma pregunta.

—No os podéis hacer una idea —respondió Sevatar. —¿Dónde está el Primarca?

—Ocupado en el decim…

Sevatar irrumpido con su hombro a través de una multitud de lacayos vestidos de negro, tropezando con sus extremidades enredadas y rompiendo con indiferencia sus huesos bajo sus botas. Puesto en marcha un segundo más tarde, juró a través del vox.

—Repite eso —dijo—. —Algunos estúpidos se pusieron en mi camino.

—El Primarca está trabado en el vestíbulo decimoquinto —respondió Valzen—, la mitad de nosotros estamos con él.

El decimoquinto vestíbulo. Sevatar conocía el diseño de las naves de la clase *Gloriana* tan bien como conocía los contornos de su armadura, porque el *Anochecer* era de esa misma clase.

—Eso es una locura —dijo a través del vox—. Seréis rodeados por todos los Ángeles Oscuros que queden vivos en la nave. No hay lugar para escapar.

La respuesta de Valzen fue interrumpida por un grito a través del vox, y por el típico impacto de una sierra contra los huesos haciendo lo que mejor sabía hacer.

—Somos conscientes de eso, señor.

—Estaré allí en siete minutos —prometió Sevatar—. Ocho si hay resistencia. Nueve si la resistencia lleva bólters.

La resistencia llevaba bólters.

Sitiar una nave de guerra enemiga era siempre un choque de contrastes. Pasillo por pasillo, cámara por cámara, un atacante podría pasar media hora sin encontrar presencia enemiga en absoluto, más allá de siervos y esclavos confusos, antes de pasar rápidamente en el mismo lapso de tiempo a necesitar luchar por cada palmo de suelo, matando a través de escuadra tras escuadra de atrincherados defensores. Un acorazado de la clase *Gloriana* era del tamaño de una ciudad densamente compactada, y en consecuencia poblada no sólo por los oficiales y la tripulación experta, si no también por unas decenas de miles de almas de esclavos. La mayoría estaban consignados a vivir en los intestinos sin luz de la nave de guerra, respirando aire pobremente ventilado y los humos de las calderas, pero muchos prestaban servicio en las cubiertas superiores.

Sevatar pasó a través de ellos sin apenas disminuir su zancada. Su alabarda sierra gemía cubierta con carne después de sólo unos minutos. Aquellos humanos demasiado valientes o necios para huir encontraron su fin con un zumbido del arma dentada destripadora, desgarrados o quedando desfigurados e ignorados en su camino.

Un centenar de los mejores guerreros de la 8ª Legión se habían teletransportado a bordo, formando un equipo completo de exterminadores. El sendero de su devastación era casi hilarante dentro de su absoluta gravedad. En más de una cubierta, las botas de Sevatar chapoteaban a través de un pantano de sangre y restos de carne humana.

Pero los Ángeles Oscuros no estaban derrotados. Ni siquiera cerca de estarlo. Incluso con el Atramentar despejando estas cubiertas, los refuerzos estaban llegando desde otras partes de la nave, dirigiéndose al estrategium para defender a su primarca. Y no es que él necesitara que le defendieran, reflexionó Sevatar. No según había transcurrido todo la última vez que se habían encontrado.

Había matado ya a siete Ángeles Oscuros. Uno de ellos acabó su vida como trofeo, con su casco encadenado al cinturón de Sevatar. No había mayor honor para un enemigo de la VIII Legión. Teles recuerdos eran el pago por sus enemigos caídos.

En el siguiente cruce, otros tres Ángeles Oscuros con sus pálidos tabardos sobre la heráldica negra le cerraban el paso con sus bólters preparados. Sevatar, agachado tras de la relativa cobertura de una esquina, volvió a cargar su arma. Podía matarlos de cerca con bastante facilidad, pero con un bólter en sus manos las probabilidades se igualaban de una forma en la que no disfrutaba. No había mentido cuando le dijo a Trez que llevaba a la Octava Legión hasta la médula. Al igual que sus hermanos, él nunca había apreciado una lucha justa. El deporte era una cosa, pero no cuando por medio había presas de caza. En eso, al menos, fue creado a imagen de su primarca.

Se arriesgó a echar un vistazo tras la esquina, retrocediendo inmediatamente cuando un proyectil impactó cerca de su placa frontal bañándolo de escombros.

—Es Sevatar, —podía oírlos gritarse el uno al otro—. Es el primer capitán. Lo he visto.

Sonrió al imaginar la silueta que proyectaba su armadura, con las amplias alas de hierro oscuro de su casco. Esta maldita cresta del casco, pensó. Sus enemigos siempre lo reconocían por ella.

Los disparos cesaron. Escuchó gruñidos ahogados y el sonido metálico de las armas al chocar con la ceramita. Saliendo de su protección, echó a correr buscando el cuerpo a cuerpo.

Alastor Rushal, vestido con el mismo negro de los Ángeles Oscuros estaba matando, y casi muere el primero. La pantalla de retina de Sevatar mostró sobre él la runa de Nostramo para amenazas con un brillo intermitente, registrando su armadura de la Guardia del Cuervo y el atronador martillo de sus manos. El primer capitán se giró, hincando su alabarda en la espalda del último Ángel, dejando que los hambrientos dientes hicieran su trabajo. Todo terminó con una bota estampada en la garganta del Ángel derribado.

Ignoró la sangre que salpicaba su armadura al igual que los cuerpos a sus pies. Uno de ellos alcanzó débilmente con una mano a raspar con los dedos sin fuerzas sus botas. Sevatar sacó su bólter y disparó hacia abajo, sin molestarse siquiera en mirar.

—No vas a creer cómo he llegado aquí, —dijo a Rushal.

El Cuervo no respondió. No había contestado a nada desde Isstvan V. Era difícil hablar sin lengua.

El vox degeneró en un caos de gritos asfixiantes mientras se acercaba. Décadas de escuchar la superposición de diálogos por el vox y de descifrar secuencias de cambios rúnicos en su visor robaron el misterio de lo que iba a ver, pero la majestuosidad del momento todavía le afectaba.

Sin aliento y con su armadura llena de cicatrices, Sevatar atravesó el decimoquinto vestíbulo, uno de los muchos ejes principales en las cubiertas superiores de mando. Siervos muertos habían decorado los túneles en su camino hasta aquí, pero la magnitud de la masacre que tenía lugar le provocó una rara sonrisa sus labios. Las runas e indicadores digitales no eran capaces de mostrar toda la realidad. El Atramentar y los Amos de la Noche del *Excoriator* estaban inmersos en la matanza, luchando en medio de los cuerpos apilados de siervos, servidores, soldados, Ángeles Oscuros y de sus propios hermanos muertos. Luchaban espalda con espalda en círculos decrecientes, peleando hasta el final contra una marea de refuerzos de Ángeles Oscuros que acudían desde los túneles adyacentes.

Nunca había visto una última resistencia tan débil, en una posición menos defendible, pero el motivo era lo suficientemente claro. Aquí los primarcas se habían encontrado, así que aquí la batalla rugía. Los dos hijos del Emperador se batían en duelo por encima de las multitudes en lucha, por encima del estruendo de los bólters y el rechinar de las espadas sierra contra la ceramita. Sus hijos asediados, gritando, sangrando y muriendo por debajo de ellos, eran sombras en la estela de dioses.

Por primera vez desde Isstvan V, Sevatar vio a su padre genético alzarse para reclamar la gloria que una vez había poseído en abundancia. Nadie podía reivindicar que Konrad Curze era regio, ni podían describirlo como atractivo, digno, o incluso saludable. Su gloria estaba hambrienta y enfermiza; su majestuosidad era fría y cadavérica.

Garras plateadas en forma de hoz sobresalían hacia fuera de la punta de cada dedo blindado, cada una de ellas rodeada de energía chispeante. Él no se movía como un avatar de fluida gracia, sino como una agitada marioneta controlada por una conciencia maligna e invisible, obligando a este dios cadavérico a bailar una melodía

que incita arranques de gozo. Sevatar había visto a varios primarcas luchar, derramando de sangre con ira, y su cruda letalidad era hermosa a la vista. Cada uno de ellos fluía a través de la danza de la guerra, incluso Angron, en su incontrolado espectáculo de ira atormentada.

Curze no compartía ese rasgo. Sus movimientos eran más rápidos y bruscos, demasiado veloces para seguirlos con la vista, mezclados con momentos de inquietante serenidad. Cada instante de calma duraba el tiempo suficiente para convencer al testigo que era real, antes de que el asesino sonriente se moviera de nuevo en su crispado paroxismo asesino.

Este era el padre de Sevatar como lo había sido en los años inmediatamente posteriores a tomar el manto de primarca. Una criatura de escuálidas extremidades, mejillas y ojos hundidos, alimentado por algo de la energía sombría que iluminaba su mirada con la promesa de un fuego oscuro. El cabello negro y lacio le caía sobre los hombros, salpicado por la sangre de sus enemigos. Su sonrisa era una floritura horripilante de dientes presentados entre los más blancos y delgados labios. Sevatar había visto a Curze luchar contra Corax en los campos de muerte de Istvaan V, cuando el primarca de la Guardia del Cuervo estaba exhausto por las largas horas de batalla, e impactado por la nociva verdad de la traición. Había visto a su primarca batirse en duelo con el León dos veces, primero sobre el polvo de los cimientos de una fortaleza en la distante Tsagualsa, y de nuevo, sólo hacía unas semanas, luchando durante menos de sesenta segundos bajo la lluvia de un mundo que no tenía absolutamente ningún valor.

Aquí, por primera vez, su padre estaba trabado en una pelea justa. Sin golpes bajo, sin atacar a un enemigo debilitado o desmoralizado. Sin atacar por sorpresa, con la gravedad de una devastadora emboscada.

Los movimientos del León eran asépticos, una rigurosa economía de músculos y de gestos, cada embestida y parada ejecutada a la perfección, sin la audacia del toque dramático. Los asaltos de Curze eran un remolino de manos con garras, bloqueando la larga espada en un momento, y apartándose para la próxima.

Fue el sonido del martillo de Rushal el que devolvió a Sevatar a la realidad, apartando su mirada de las relampagueantes divinidades que trataban de matarse el uno al otro en la plataforma superior. El Cuervo giraba vertiginosamente su látigo como una gran hélice, provocando un silbido de aire ionizado. La sangre crepitaba

en la cabeza de la maza que colgaba del extremo de la cadena, con su campo de energía cauterizando todo y provocando un maloliente vapor.

El Cuervo señaló con su mano libre. Guerreros con armaduras tan negras como la suya propia todavía acudían desde los veinte corredores que daban a este vestíbulo de cadenas colgantes y pórticos elevados.

Sevatar saltó una barandilla hacia el nivel inferior, cayendo en el centro de una melé en la que varios de sus hermanos exterminadores habían sido superados en número por los Ángeles Oscuros. El primer enemigo fue derribado, con la cabeza cortada de un solo barrido de la alabarda sierra del primer capitán. El segundo perdió una mano, luego la mayor parte de su rostro. El tercero y cuarto fueron destripados en el mismo movimiento.

Estaba sucediendo de nuevo. ¿Era más rápido que todos los demás, o ellos eran más lentos? Cada enemigo al que se enfrentaba se traicionaba a sí mismo de la forma más sutil. Veía las tensiones en las articulaciones de sus armaduras, cada una de ellas como una premonición del siguiente golpe que vendría. Sevatar bloqueaba todos con la facilidad de un soldado que ve venir cada ataque, atacándoles antes de que pudieran responder.

No estaba ocurriendo de nuevo; ahora era peor que nunca. ¿O mejor? El ácido láctico quemaba sus músculos y la presión detrás de los ojos amenazaba con romperle el cráneo desde dentro, pero cada latido de su corazón hacía que todos se movieran más y más lentos. Paró una espada sierra con el mango de su arma, y tuvo tiempo de girar, con los dientes apretados, para incrustar su alabarda en el pecho de un defensor con tabardo situado detrás de él, antes de volverse de nuevo para ponerse en posición de parar el siguiente golpe de otro Ángel Oscuro. Mientras lo hacía, vio el minúsculo ajuste en el equilibrio interpretando el ángulo exacto del próximo ataque de su enemigo. Sevatar le empaló antes incluso de que comenzara el movimiento, permaneciendo cara a cara con el guerrero moribundo mientras la alabarda sierra encontraba su camino a través de sus entrañas.

La negrura atravesó su pantalla retinal. Pasaron varios segundos para darse cuenta de que no había sangre en su cabeza, pero una mancha oscurecía su visión. Algo estalló en su cráneo, algo se rompió provocando la erupción de un chorro de líquido. Sus propios signos vitales, visualizados a través de la lectura de su lente visual, temblaron de forma no muy diferente de la voluble furia del primarca.

Podía oír ahora a sus hermanos gritando su nombre. Ellos pensaban que había sido herido, y él no estaba seguro de que estuvieran equivocados.

La advertencia de Trez le quemaba en su camino a través de los ojos de su mente, como si las palabras hubieran sido escritas en fuego sobre la carne, más que evocadas a través de la voz de la memoria.

Esto probablemente te mate, Jago.

Tienes la fuerza para ello. Pero no el control.

No hay vuelta atrás en esto. Si abres el regalo que tanto tiempo has tratado de olvidar… Algunas puertas no pueden ser cerradas.

Se tambaleó y se desplomó sobre una rodilla, aprovechando la caída para hendir las piernas del Ángel Oscuro más cercano. El guerrero gritó, muriendo un latido de corazón más tarde con la alabarda de Sevatar atravesando su pectoral.

Podría estar muriéndome, pensó, y se echó a reír.

—¡Valzen! —alguien estaba gritando. —¡Valzen, Sevatar ha caído! ¡Apotecario!

Giró la cabeza para ver a Rushal de pie encima de él, un centinela absolutamente de negro. El Cuervo blandió su martillo y efectuó un arco que terminó con un estallido de luz letal al romper el casco de otro Ángel Oscuro.

El guerrero de la Primera Legión cayó en silencio, ya que todo estaba en silencio ahora. El martillo de Rushal ya no resonaba con cada impacto. Las propias erráticas señales de vida de Sevatar ya no gemían sus advertencias. Su mundo no era una tormenta caótica de ruidos sordos de botas, detonaciones de proyectiles ni de trozos de armadura arrancadas. Era, de alguna manera, sereno.

Sevatar vomitó dentro del casco, ahogándose con su propia bilis porque no podía dejar de reír.

Y entonces, él estaba en casa.

Su casa. La ciudad en la noche. La azotea donde se había ocultado.

Después de todo, el mundo sin sol no se había quemado por la equivocada e inútil rabia de su primarca. Estaba en casa, de pie con la promesa de lluvia antes de la

verdadera tormenta, y la presión en la cabeza era como siempre había sido cuando era un niño: amenazando con desbordarse de una forma que lo dejaría temblando.

Comida, comida, comida, le decían.

Se volvió hacia ellos, donde picoteaban en la azotea de rococemento y agitaban sus plumas andrajosas.

Chico, chico, chico, graznaban. *Comida, comida, comida* y *ahora, ahora, ahora.*

Jago se metió la mano en los bolsillos, ofreciendo un puñado de migas de pan. *Venga*, le dijo a los cuervos. *Comida para esta noche.*

Carne, carne, carne, volvieron a decir.

Se echó a reír ya que varios de los pájaros negros se posaron sobre sus hombros y su brazo extendido.

Carne, asintió. *Carne pronto. Ahora migas de pan.*

Carne ahora, carne ahora. Dejó que se quejaran mientras cogían el pan, cada miga dura y rancia.

Carne ahora, les dijo una vez que hubieron terminado. *Esperad.*

No hacía mucho que se había ido, pero estaba mareado y sudando cuando regresó. Arrastrar el cuerpo de otro chico por las escaleras le dejó los brazos doloridos y tirantes.

Carne, carne, carne, los cuervos graznaban de nuevo.

Jago soltó los tobillos del chico muerto y se sentó, recuperando el aliento. *Carne*, respondió. *Dejadme algo*, les dijo a los pájaros que se lanzaron en masa sobre el cadáver.

Sí, chico, mantuvieron el parloteo. *Sí, sí, sí. Dejad algo para el chico.*

Quedaos con los ojos, les dijo. *A mi no me gustan.* Los cuervos comenzaron a reír, graznidos equivalentes a la risa de un cuervo, como si compartieran una antigua broma entre ellos. Sabían que el chico nunca se comía los ojos. Lo había intentado una vez, y le había hecho ver cosas. El chico sangró entonces dulce sangre humana

por la nariz y por las orejas durante horas, y durmió toda la noche sobre la dura piedra mientras sufría espasmos por todo el cuerpo.

Jago se sentó en silencio mientras comían, escuchando el batir de las oscuras alas y disfrutando del roce de las sarnosas plumas contra sus mejillas. Ningún otro sonido lo había tranquilizado nunca. Ningún otro sentimiento le había quitado nunca los dolores de cabeza el tiempo suficiente para que se durmiera.

Epílogo

Los habían arrojado a una celda, despojados de sus armas y armaduras. Eso fue inteligente.

Lo habían encarcelado con nueve de sus hermanos. Eso lo era menos.

Sevatar se apoyó contra la pared, escuchando el sonido de la ligera respiración de sus hermanos mezclado con el latido *casi vivo* que se movía a través del campo de energía alrededor de ellos. La *Razón Invencible* se encontraba en el espacio disforme. Dónde iban era algo que Sevatar sólo podía adivinar.

Sabía que Curze se había llevado casi setecientos guerreros del *Excoriator* en su apresurado y mal aconsejado asalto. Var Jahan había sido uno de ellos. Tal vez su hermano del Kyroptera estaba retenido en otra celda. Aunque acariciaba esa idea, él no era un alma dada a tener una esperanza ciega.

Ellos no habían atrapado a su primarca. Hasta ahí, lo sabía con certeza. Sus hermanos supervivientes hablaron de ello y del asalto final abrumador de los Ángeles Oscuros, y Lord Curze al fin fue consciente de la gran probabilidad de seguir a sus hijos a la tumba.

Se había separado del León en ese momento, se apartó de la batalla… y huyó.

Si Curze aún vivía, estaría rondando por las cubiertas inferiores de la *Razón Invencible*, incluso ahora. Tal vez vendría a liberar a sus hijos, pero de nuevo Sevatar rechazó esa esperanza tan poco realista.

Él sabía que la flota había huido. Al menos, el plan del almirante Yul había funcionado en parte. Las cincuenta naves que quedaron atrás se habían impulsado a través de la formación más amplia de los Ángeles Oscuros, con toda la eficacia letal de una aguja pinchando un forúnculo. Había visto al menos a la mitad de ellas atravesar al otro lado, y a un puñado comenzar su camino a la disformidad. Pero no sabía nada más. El *Excoriator* probablemente fue destruido. El *Anochecer* casi definitivamente lo fue.

Así que Trez estaba muerto, junto con Taye. El primero era una lástima, porque el primarca necesitaba al pequeño *comepecados*. La otra era una pena por el más irracional de los motivos; uno que a Sevatar no le hacía sentir cómodo admitiendo a ninguno de sus hermanos, y mucho menos a la propia humana. Sentía lo mismo por los otros cuatro mortales al servicio de la Legión, y él supervisaba a cada uno de ellos con atención por la misma causa.

El parecido entre sus familiares, muertos mucho tiempo atrás, y los humanos que un siglo después vivían tenía que ver, pero no era lo único. Además, él no lo sabía a ciencia cierta. Pudiera ser que fueran de su sangre, descendientes de los primos que dejó atrás cuando abandonó Nostramo, pero no había manera de saberlo con seguridad. El mundo era un campo de batalla urbano en el último siglo de su vida, con una población carroñera carente de civismo y de moralidad, y por supuesto, de registros históricos. Él no podía evitar la sensación de conexión con ellos, del mismo modo que no podía olvidar lo mucho que se parecían a la familia que una vez había conocido.

Sevatar apartó el pensamiento melancólico a un lado sin ninguna dificultad. Él no era de naturaleza pesimista, de la misma manera que tampoco era optimista.

Al menos en cautividad, Sevatar tenía tiempo para maquinar, para reflexionar, para procesar. La Cruzada Thramas había terminado. La mayor parte de la VIII Legión había escapado, dispersada a los vientos solares. La mayor parte de los Amos de la Noche se uniría a la marcha hacia Terra, aunque dudaba de que pudieran permanecer en el frente de batalla el tiempo suficiente para sitiar el trono del Emperador. Tenía la sensación de que en el futuro venidero la Legión realizaría una gran cantidad de incursiones de saqueo. La idea le habría hecho sonreír si hubiera estado en otro sitio y no en una celda de contención de los Ángeles Oscuros rodeado por un cubo de brillante energía.

La primera celda a la que le habían arrojado había sido un cubículo más convencional de hierro reforzado. Sevatar había abierto un camino a través de una de las paredes en menos de quince minutos, utilizando su saliva ácida. Cuando un guardia vino a ver cómo estaba, se había limitado a señalar el agujero siseante en la pared, casi lo suficientemente grande como para pasar a través de él.

—Creo que las ratas hicieron esto, —había dicho—. Unas muy grandes.

Los Ángeles Oscuros lo habían trasladado de la celda, lanzándolo a una jaula de fuerza con varios de sus hermanos, cada uno de los cuales, evidentemente, había agujereado su propia celda, tal y como él había hecho.

Al carecer de la protección de la armadura para ocultar los aumentos de sus ojos, Valzen parecía una cosa espantosa, con más cromo y fluidos hemolubricantes que sangre y huesos.

—Deja de mirarme, —le dijo a Sevatar. Su único ojo negro se redujo, sus lentes biónicas tratando de ajustarse al débil entorno.

—Sólo estaba pensando, —le respondió el primer capitán—, eres un claro ejemplo de la herencia de la Legión de no obedecer a nada ni a nadie. Fuiste incluso demasiado terco como para morir en Isstvan.

Varios de sus hermanos rieron. Incluso Valzen hizo una mueca torcida, una sonrisa de un solo lado no porque fuera irónica, sino debido a que un lateral de su cara era el rostro inerte de alguien golpeado.

—¿Por qué ordenaste este ataque? —preguntó Tal Vanek—. ¿El Atramentar sobrevivió a Isstvan, sólo para morir finalmente en esta locura suicida?

Sevatar arqueó una ceja. —¿Es este realmente el momento para tu mezquina recriminación?

Tal Vanek le devolvió la sonrisa, mostrando todos los dientes y con los ojos negros muy abiertos. —El momento apropiado, Sev.

—El Primarca ordenó este ataque.

Varios de los guerreros murmuraron en respuesta. —El primarca, —Tal Vanek respondió— es un insensato y un loco. Aquellos que antes no eran conscientes, sin duda ahora lo ven.

Esta proclamación provocó un murmullo general de acuerdo. Pero Sevatar no tenía ni la paciencia ni la inclinación para un debate filosófico.

—Ya veremos, —fue todo lo que dijo.

El único de ellos que guardó silencio todo el tiempo fue Rushal. La pálida piel del Cuervo, a la vista sin su negra armadura, presentaba docenas de graves cicatrices, marcas horribles infligidas mediante tortura, no ganadas en una batalla justa. Observaba a Sevatar desde el otro lado de la celda en una postura idéntica a la del primer capitán, sentado de espaldas a la pantalla de fuerza.

Sevatar asintió al Cuervo. —Me he dado cuenta de que estaba equivocado, —dijo—. Me prometí que no perdería contra los Ángeles dos veces.

Los labios partidos y con cicatrices de Rushal, obra de los cuchillos de Sevatar, se torcieron en una fea sonrisa.

—Sev, —dijo uno de sus hombres—. Tu nariz está sangrando.

Se llevó una mano hacia la nariz, sintiendo un hilillo de sangre caliente en sus dedos. —Sí, así es.

—¿Te encuentras bien?

No. El secreto que he guardado durante un siglo acaba de estallar, y todo porque no pude resistir un paseo por la psique de nuestro padre.

—Me encuentro bien, —respondió—. Nunca me he encontrado mejor.

—Tus oídos también están sangrando.

—Eso no me va a matar. Creo que puede ser el momento para escapar pronto, —agregó.

—¿Cómo planeas hacerlo? —preguntó Valzen.

Sevatar lo miró por un momento, sin saber si la pregunta era sincera. Valzen tenía una mirada neutra, aunque si era a causa de la reconstrucción facial que le borraba cualquier expresión, o simplemente una broma inexpresiva que Sevatar no pillaba, el capitán no podía asegurarlo con certeza.

—¿Es una pregunta real? —preguntó Sevatar al fin.

—Por supuesto que lo es. ¿Cómo vamos a salir de aquí?

—De la misma forma que hacemos todo, hermano. Matando a todo el que intente detenernos.

Sobre el autor

Aaron Dembski-Bowden, autor británico, es un fan acérrimo de Warhammer 40.000 desde que destrozó su ejemplar de *Space Crusade*, cuando pintaba las miniaturas con la destreza de un niño de nueve años sobreexcitado. Comenzó su carrera profesional en las industrias de los videojuegos y del rol. Para Black Library ha escrito *Cadian Blood*, *Soul Hunter* y *Helsreach*.

FIN DEL RELATO